

El Expediente Rublet

El Expediente Rublet

Primera Parte

ANGELO VALLYNTZIN

Copyright © 2011 por Miguel Angel Hevia Linares.

Número de Control de la Biblioteca del Congreso

de EE. UU.:

2011919077

ISBN:

Tapa Dura

978-1-4633-1242-8

Tapa Blanda

978-1-4633-1241-1

Libro Electrónico

978-1-4633-1240-4

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Este Libro fue impreso en los Estados Unidos de América.

Para pedidos de copias adicionales de este libro, por favor contacte con:

Palibrio

1663 Liberty Drive, Suite 200

Bloomington, IN 47403

Llamadas desde los EE.UU. 877.407.5847

Llamadas internacionales +1.812.671.9757

Fax: +1.812.355.1576

ventas@palibrio.com

368582

ÍNDICE

Prefacio.....	9
Capítulo I: El Contacto	11
Capítulo II: La Preparación	121
Capítulo III: La Investigación	202
Capitulo IV: El esclarecimiento	282

Dedicatoria

Este libro, está realizado con el alma y el corazón de una persona, que no sería quien es en este momento, de no ser por todo el inmenso apoyo y dedicación que ha obtenido de la gente que lo ha acompañado a lo largo de su vida.

Pero sin dudar, esta obra, está dedicada, a la persona más importante que puede existir en la vida un ser humano. A esa, que con tanta alegría y pasión se enfrentó a la vida misma, para enseñarle el mundo a quien con tanto anhelo esperó.

A ella, quién sintió en sus brazos el calor de una vida, fruto de su amor. Llena de responsabilidad y sentimientos encontrados, al no saber, que decisiones tomar respecto a esa nueva vida. A la que nadie le enseñó como acercarse y educar a sus retoños, porque no existe un manual que indique como hacerlo.

A quien siempre ha estado a nuestro lado, sin importar lo que llegue a pasar, la que daría su vida misma, y saca la espada cuando hay indicios de peligro hacia sus crías, y se transforma en menos de un segundo de un cordero tierno, a un león embravecido. A quien escucha tus lamentos y se alegra por tus triunfos. A ella que esta siempre está despierta en espera de tu llegada. Con la que compartes tus éxitos y tus fracasos, y a quién le debe uno su vida entera.

A ti madre, que con tanto amor, me has dado los mejores años de tu vida.

¡Gracias . . . ! Con todo mi amor, para ti.

Angelo Vallyntzin (MAHL)



PREFACIO

Siempre me ha gustado la idea de plasmar una historia que atrape al lector, que lo transporte a épocas y fantasías que guarde en su corazón.

No es el simple hecho de hacer una novela, es la manera en que ésta te lleva a crear, imaginar y a vivir emociones que son producto de la mente.

Así fue, cuando un día, después de leer un libro de una de mis autoras favoritas, me decepcionó y no terminé de leerlo. ¡No basta con hacer una historia!, ¡me dije a mi mismo!, ¡falta atrapar la mente de quién la está leyendo!.

En un lugar maravilloso, cerca del mar, sentado observando hacia el horizonte, mientras estaba una puesta de sol, con la brisa de las olas en el ambiente y la tranquilidad del momento. Saqué mi computadora, la abrí y comencé a escribir una historia que debía contener, todo lo que yo esperaba encontrar en los libros. Algo, que entusiasmara a un lector y ayudara a estimularlo, a que tomara el gusto por imaginar lo que unas simples y sencillas líneas, podían provocar en su mente.

El Expediente Rublet, la primera de ellas, y una de las más grandes, promete ser más que una simple historia, es todo un torbellino de emociones que se

generan con cada parte de ella. Dividida en tres tomos, ofrece al lector, varias historias que se entrelazan entre sí para formar todo un nuevo contexto, “El Universo Rublet”.

“Porque lo mejor, está por venir...”

Angelo Vallyntzin





CAPÍTULO I

El Contacto

Eran poco mas de las tres de la tarde, las olas se escuchaban fuerte y alborotadamente, todo indicaba que venía una tormenta, el maravilloso olor a la brisa del mar, y el sonido relajante de sus movimientos hacían la casa de la playa el lugar idóneo para descansar.

No existía nada a la redonda, solo kilómetros y kilómetros de arena fina y blanca cubierta de las tranquilas oleadas del mar, un mar abierto. Cuando hacía mucho viento, las olas subían hasta tres metros de altura y en ellas, cuando se comenzaban a formar, antes de romper, se podía ver a las mantas rallas dejándose llevar, como si estas estuvieran volando en una corriente de aire.

Todo alrededor era muy tranquilo, pacifico, el canto de las aves, las gaviotas los pelicanos y una que otra garza que andaba por ahí hacían el lugar, sin duda alguna, el espacio más tranquilizante del planeta.

A la orilla de la playa se encontraba una vieja casona de madera de dos plantas, con una inmensa terraza que daba hacia el mar, y con techos a dos

aguas, en la terraza una vieja mecedora de madera labrada minuciosamente con detalles exquisitamente elaborados, se encontraba en una de las esquinas de la terraza, cubierta con una manta color azul tejida a mano. A la derecha de ésta una mesita con una maceta de orquídeas y una lámpara de aceite.

En el otro extremo una hamaca color hueso con el tejido cerrado, en las paredes de la terraza, dos antorchas a los costados de un portón de vidrio deslizante, y las paredes recubiertas por enredaderas, daban a aquel lugar un pintoresco y melancólico gusto.

El olor de la madera era intenso, se combinaba con las ricas especias que procedían de la cocina y el aroma de la brisa del mar. A la entrada de la terraza se encontraba la sala, con muebles rústicos pero no menos hermosos que el resto de la propiedad, enfrente de la puerta se encontraba el sillón favorito de Margarita, un mueble muy amplio de cuatro plazas dando la espalda a la puerta de la terraza y mirando hacia la extensa y amplia chimenea que calentaba la casa en épocas de invierno.

A las orillas dos hermosos sillones de dos plazas cada uno revestidos con tela blanca, y en el piso una alfombra oriental de casi tres metros por dos y medio, cubrían el piso de la estancia, a la derecha de la sala se encontraba un pequeño arco que comunicaba el comedor con la sala, un comedor pequeño pero acogedor, lugar en donde varias ocasiones se celebrara el cumpleaños de Margarita, y al fondo del comedor una cocina cuidadosamente equipada y muy amplia se encontraba, con hornos a la leña y todo lo que pudiera necesitarse, Margarita gustaba de cocinar amplia y deliciosas cenas para su familia y amigos.

A la izquierda de la sala, se encontraban las escaleras que subían hacia la segunda planta, de madera igual que el resto de la casa, y a un costado de la chimenea se encontraba el pasillo hacia la entrada principal. La puerta principal era de madera blanca y con emplomados hermosos con figuras de ángeles tintados en colores pastel, azul, rosa, morado, amarillo, verde, naranja y blanco, siete en total.

A un lado de la puerta principal, por fuera, se encontraban dos antorchas de aceite, muy viejas, decía ella, dotaban del siglo XVII, según decía el padre de Margarita, y del lado izquierdo de la puerta de los ángeles, una pequeña fuente de mármol con la figura de una sirena lavándose el cabello. Su favorita, El padre de Margarita, Lucio, la mando a hacer especialmente para ella, cuando jugaba siendo pequeña, Lucio quien fuera pescador, le contaba historias y leyendas sobre la sirena perdida, una leyenda que se contaba a los alrededores del pueblo en donde iba Lucio a vender el pescado.

Decían que en el pueblo un día un pescador y su hijo habían ideado la manera de pescar de una manera novedosa que revolucionaría la forma en que los peces serían atrapados, una manera sutil y sin lastimar el espíritu de sus presas. Luis Montervelt y su hijo Damian Montervelt, extranjeros que llegaron al pueblo tras ser exiliados de su país, por estar envueltos en un escándalo político de gran magnitud, se vieron obligados a permanecer ocultos en esta tierra.

El señor Montervelt se le relaciono con un sinfín de sucesos paranormales en su país, lo tachaban de hechicería y brujería, era un político muy importante que había estudiado leyes, tras la muerte de sus padres,

se hizo de mucho dinero gracias a su peculiar manera de relacionarse con las mujeres, si, en efecto, por su manera en que se relacionaba con las esposas de grandes empresarios y políticos de su país, decía que no había mujer que pudiera resistir a sus encantos, su peculiar figura, alto corpulento, de tez blanca como la espuma del mar, ojos color ámbar, cabello negro, cejas pobladas y una nariz recta y fina, lo hacían diferente en apariencia a los demás, particularmente los ojos color ámbar tan cristalinos como el agua, causaban un efecto conmovedor al verlos.

Una persona muy educada, que gustaba por leer y escribir, hacia anotaciones de todos sus casos de principio a fin, desde el momento en que se entrevistaba con sus clientes, hasta el momento de finalizar sus casos. Sus principales casos eran siempre relacionados con las mujeres de los políticos, quedaban prendidas de él cuando les hablaba con una voz ronca y sensual.

Decían sus allegados que las esposas de los políticos recurrían a él para ayudar a sus maridos a limpiar su imagen, éstos, se sentía satisfechos con Montelvelt, porque una vez que acudían con él, sus matrimonios parecían arreglarse de todas todas, ellas terminaban haciendo todo lo que sus esposos querían, se transformaban en mujeres seductoras pero recatadas, obedientes y dispuestas a lograr los objetivos de los maridos.

Sin embargo, un buen día Marianne de Rublet, una mujer de cabellera larga y castaña, de aspecto introvertido y vestido con ropas anticuadas y pasadas de moda, llego tocando a la puerta, el abrió y le dijo:

-¿Dígame, en que puedo ayudarla, señora Rublet?, su nombre no me suena familiar, ¿de dónde proviene usted?- Montelvelt.

-Señor Montelvelt- exclamó con un sentido de urgencia, - necesito de su ayuda con suma urgencia, me han dicho que usted es uno de los mejores abogados de la región, y he venido hasta aquí de muy lejos para entrevistarme con usted-

-Señora mía, con todo gusto, si usted se sienta y me cuenta que es lo que necesita, tal vez pueda ayudarla- replicó con una voz calmada y suave.

Ella tomó asiento, saco un cigarrillo de su bolso, y lo encendió con una cerilla, inhalo fuertemente hasta consumir casi la mitad del cigarrillo, acercó una pequeña vasija de madera que se encontraba en el escritorio, y acto seguido, apaga el cigarrillo en la vasija.

-¡Madre Santísima!- exclamo Montelvelt exaltado por la escena.

-¡Señora! Esa figurilla no es un cenicero- exclamo con un tono alterado.

-Ésta, es de caoba pura, la tallo mi padre con sus propias manos cuando era carpintero como regalo de bodas a mi señora madre.

Una figura de una sirena sobre una roca tallada en fina caoba a mano, y con una expresión en el rostro sumamente detallada.

-¡Cuánto lo siento señor Montelvelt!, no era mi intención, pero entenderá mi preocupación cuando sepa del caso- exclamó la señora.

Tremenda quemadura había recibido la hermosa figurilla en pleno rostro, que parecía que la sirena había pasado varias horas bajo el sol, ya no se podía observar su cara.

-¡Está bien, está bien! ¡No hay porque alarmarse!, pero por favor dígame, en que puedo servirle- dijo Montervelt con una voz de resignación y más comprensivo.

-Pues verás, es muy complicado expresarlo, ni yo misma puedo decirlo con certeza, pero . . . - decía alterada la señora - ¿tendrá algún aperitivo que me pueda ofrecer?- dijo dejando en la silla su bolso.

Montervelt, saco de un pequeño librero una licorera de cristal cortado en forma de gota un whisky irlandés, sirvió dos vasos y colocó la licorera con las dos copas sobre el escritorio.

-¡Aquí tiene mi señora! Exclamó con una voz pasiva y seductora tratando de que le mirara a los ojos.

La alterada Señora, en lugar de tomar la copa, tomó la licorera y le dio un sorbo enorme, después dio un breve suspiro, se oyó un resueno que salía de ella gigantesco, un eructo maestro exclamando. – ¡Jiji! Disculpe usted mis modales, mi buen señor, pero era necesario un poco de lubricación en la garganta tras todo lo que tengo que decir.-

El buen abogado volteó la mirada al cielo, tras no poder creer lo que estaba sucediendo ante sus ojos, la mujer, no se percataba de su seductora presencia, por el contrario, no sabía si era a causa de su nerviosismo, o definitivamente era el encuentro más aterrador que él hubiera presenciado, una mujer vestida con ropas

del siglo pasado, y un poco desgastadas, con guantes de seda fina pero algo sucios, un cabello desaliñado que le cubría la mayor parte del tiempo el rostro, y unos modales de un caballo desbocado. En fin, no era un caso sencillo pensaba él, quería utilizar sus técnicas que tanto le habían funcionado, pero ella, no lo veía fijamente al rostro.

-¿Y bien?, ¿ya está lista para comenzarme a decir lo que le sucede?- exclamo un tanto desesperado.

-Así, es, - dijo la señora llevándose las manos al rostro y acomodándose el cabello en forma de chongo, tomo una pluma del escritorio y se la colocó para que este no se le desacomodara.

-¡Válgame con usted!- exclamo el abogado en voz de sorpresa, - creo que tendré que acostumbrarme-

La señora tras acomodarse el cabello, se mueve de lado para buscar algo en su bolso y tira la licorera de cristal al suelo rompiéndola en varios pedazos.

-¡Por todos los santos, señora! ¿Pero qué diablos le pasa a usted?- exclamó Montervelt enojado.

- ¡Ay Dios! ¿No me diga que ésta, también la tallo su padre, también le hacía a la artesanía en vidrio?- dijo la señora.

-¡No!, era de mi abuela!- menciona el abogado

-¡Uy! ¿Pues aquí debería ser un museo en lugar de un bufete de abogados no cree usted?- Pero no se preocupe, que todos estos recuerdos no le servirán de mucho si es que le interesa mi caso.- dijo mientras se acomodaba un cabello que se le había ido a la cara.

El abogado se quedo sorprendido de su actitud tras la última frase, tomó asiento frente a ella, mientras que la señora misteriosa y torpe buscaba algo en su bolso.

Tras encontrar una cajita de plata con las iniciales AR, unas imágenes y unos papeles arrugados, la mujer se reincorpora fijando su mirada en el abogado.

¡Pero qué mujer tan hermosa! Pensó éste al ver su rostro, de finas facciones, cara alargada, ojos grandes y de color azul turquesa, de nariz grande, afilada y respingada. Un rostro angelical verdaderamente, su cabello castaño y ondulado, aunque desenmarañado y desaliñado.

-Pues la historia comienza aquí, señor Montervelt, Mi nombre es Marianne de Rublet esposa de Gregory Anthony Marcus Rublet de Loreine un poderoso magnate dueño de toda una flota mercantil que comerciaba vino de dudosa procedencia, el cual no tuve más remedio que quitarle la vida.

De pronto de un sobresalto sobre su silla, el abogado cayó de espaldas al piso llevándose consigo la copa que tenía en la mano mojándose la cara.

Al incorporarse, ya no sentía la necesidad de verla a los ojos, deseaba tomarla de los cabellos y sacarla de su oficina en ese preciso momento, pero relajadamente volvió a sentarse, saco el pañuelo de uno de los cajones, se limpio el rostro y con una voz suave y seductora preguntó.

-Mmm! ¡Mmm! . . . ¿Dígame señora, como que le quitó la vida?- mencionó Montervelt como una expresión de preocupación.-

-Pues así como lo oye, mi buen señor, y por favor dígame Marianne pues yo le llamaré por su nombre de pila.

Le quite todo lo que más quería al cerdo, asqueroso, gordo, repugnante, libidinoso – interrumpió fuertemente Montervelt -¡No, no!, no hace falta ser tan expresiva Marianne, cuéntame más concreto- dijo tras suspirar hondamente.

-Pues bien, he de mencionarte Luis, que mi matrimonio fue más que arreglado, en realidad no me quedó otra opción más que juntarme con el cerdo de mi marido. Mi vida ha sido un tanto difícil, he ido de lado a lado ocultándome y buscando siempre una vida que comenzar, he tenido varios maridos, de diferentes partes del mundo y he aprendido a hablar más de cinco idiomas y más de cincuenta dialectos, he viajado por muchos países y continentes, siempre tratando de olvidar mi vida pasada, y hasta ahora lo había logrado sin consecuencias, pero el gordo estúpido de mi marido tuvo que arruinarlo todo. Ahora debo salir corriendo de cada lugar al que llego, escondida en el día en los barcos, y en las carretas y buscando un lugar seguro para disfrutar de la noche.

-¿Sabes lo incómodo que es viajar con estos harapos y andar corriendo toda sudada por las calles?-

-¡Dios Santo! Marianne, por favor, ¿tienes que ser tan descriptiva?- exclamó Luis.

-Tú lo dices porque no tienes que usar estas porquerías, pero a ver, te reto a que te pongas uno de estos y salgas a correr por la cuadra y me entenderás perfectamente- contesto la Señora.

-Marianne, ¡Basta!, cuéntame, que fue lo que le hiciste a tu esposo- dijo el abogado ya un poco alterado, y entusiasmado por la historia.

<Marianne> Bien, bien, pues me case con él hace unos quince años, aproximadamente, trabajaba en una taberna por las noches, bailando y atendiendo a los cerdos briagos de los puertos que solo me manoseaban, y un día llegó Gregory a tomar una cerveza con un grupo de estirados como él, hablaban de unos cargamentos y de lo que cobraría por ello, entonces pensé – Este es mi pez gordo- y literalmente estaba muy gordo, pero vi la posibilidad de salir de esa asquerosa pocilga, así que me decidí a emborracharlo y a sacarle toda la información.

Cayó en la trampa, y me dijo todos los movimientos de su negocio, en un mes llegaría un cargamento de Australia, quien sabe que contenía, pero al parecer parecía valioso, el último dijo, el último y me retiraré, mencionó muy entusiasmado. Gregory era ya un hombre mayor cuando yo me acerque, su anterior esposa había muerto tras una neumonía y tenía un hijo, Anthony, muy guapo por cierto, su orgullo eterno.

A Gregory le gustaba codearse con los altos círculos de la sociedad, tenía grandes propiedades y mucho dinero que obtuvo de sus negocios ilícitos, pero tenía una fascinación por ser parte de la política, pero no lo dejarían tomar el cargo a no ser que estuviera casado. Así que un día saque de un viejo baúl que siempre llevaba a donde iba, un atuendo que tenía muy fino y lo use una noche que llego a la taberna, se quedo maravillado y como de costumbre se emborracho, así que le propuse que le daría lo que más quería, una

esposa noble, fina y recatada, a final de cuentas nadie me conocía fuera de la taberna.

-¿Y Aceptó me supongo?- preguntó Luis.

-Así es, el obtendría a su esposa y su cargo político, y yo dejaría de bailar en la taberna.- contesto Marianne suspirando.

-¿Pero entonces que sucedió?- preguntó Luis.

<Marianne> Después de habernos casado, me hice llamar con este nombre Marianne, que era el nombre de mi abuela, Marianne de Rublet, mi verdadero nombre lo sabrás hasta su justo momento, por ahora todo el mundo me conoce con este nombre.

Con el paso de los años la relación siempre fría y aburrida en mi matrimonio, no era más que una” mentira más y muy conveniente para ambos, Anthony el hijo de Gregory, muy guapo, Porque ¿sí te mencioné que era muy guapo verdad?, ¡Ah! ¡Anthony, Anthony, con esas piernas tan torneadas y esos glúteos tan redonditos y bien formados!, ¡mmm! – ¡Marianne!- exclamó Luis.

-¡Perdón, perdón!, pero es la verdad- dijo Marianne.

Por supuesto que se parecía a su madre, bueno eso supongo yo, ¡porque dudo mucho que se pareciera al cerdo de su padre!

-¡Marianne, por favor, contrólate!- volvió a interrumpir Luis.

-¡Esta bien!, lo siento, te contare lo demás.- dijo Marianne.

Pasaron varias horas charlando del matrimonio Marianne y Luis en aquella habitación, ella llegó a las siete de la noche cuando el sol se había puesto, y eran las tres y veinticinco de la mañana cuando Marianne tomo la cajita de plata del escritorio y le dijo a Luis.

-Luis, en ésta cajita, se encuentran dos de tres llaves de diferentes cerraduras, abren un baúl, que deberás encontrar, te dejaré estas imágenes de ciertos lugares a los que visitarás y estos archivos con detalles de personas que deberás contactar.

Volveré mañana a las siete y te contaré el resto de la historia, pero si no vuelvo será porque seguramente me han encontrado.- dijo Marianne en tono de nostalgia.

Después procedió a quitarse la pluma del cabello y a ponerla encima del escritorio, dejando que este le cubrirá de nuevo el rostro y le dijo.

-¡Disculpa, por los destrozos, sé que no cubrirá lo que significaban pero te dejo esto esperando que puedas ayudarme- Sacó un sobre con un montón de billetes y lo puso sobre el escritorio.

-¡Espera! Pero aun no entiendo, ¿en qué debo ayudarte? Soy abogado no investigador- dijo Luis desesperado.

-¡Sé que me ayudarás sin preguntar más, lo he visto en tus ojos!- le dijo Marianne, tras darse la vuelta y salir de la habitación.

Luis se quedó con la sensación de incertidumbre de aquella mujer, ¿qué había pasado, en esa habitación?,

no era un caso regular como los que estaba acostumbrado, pero era excitante al pensar que cosas habría vivido esa mujer, y lo que podría enseñarle.

Le había dejado un sobre, el cual abrió y se encontraba llena de billetes, más de los que el cobraría en tres meses, con eso podría comprarse una pequeña propiedad, pero, sentía que algo extraño estaba pasando.

Al día siguiente, Luis Montervelt, se había puesto a pensar en el caso Rublet, tomando un café con un chorrito de whisky, sentado en su escritorio, se preguntaba:

-¿Quince años de matrimonio dijo?- ¿Pero cómo?, si Marianne tiene un aspecto de no ser una mujer muy mayor, a lo mucho será tener como 25 años, - ¿Pues a los cuantos años se casó?, y ¿Cómo que viajo por todas partes del mundo?, ¡lo que es peor!- decía espantado- ¿Cómo que se caso varias veces? ¡Dios Santo!, ¿Qué hay de cierto en todo esto?

Tras su café de la mañana y las preguntas revoloteando por la cabeza, no podía olvidar esos ojos azul turquesa tan hermosos que había visto, su singular y polvorienta fragancia, y su torpeza y modelos un tanto vulgares, y comentó en voz alta:

-¡Claro! Era tabernaria, de ahí sus modales y que no se impresionara con mi seductora figura, ¡claro!, vio tantos hombres que uno más, solo le daría asco!-

Inteligentes afirmaciones hacia el señor mientras trataba de acomodar las piezas del ajedrez, impaciente y entusiasmado se encontraba Luis Montervelt porque

fueran ya las siete de la noche, para conocer más de esa extraña mujer.

Salió corriendo a comprar un cenicero y una licorera nueva con el dinero que le había dejado la estrafalaria dama, y pensó – Esta noche, le sacaré la verdad, me verá a los ojos y me dirá lo que realmente ha pasado-

Caminado cerca de un mercado que se ponía en las calles, un mercado de gitanos, vio un vestido amplio como el que llevaba, parecía de su medida y decidió comprárselo, compro los guantes, un sombrero y una sombrilla, tras adquirirlo, se metió en una cafetería y decidió meterse en el vestido, le quedaba un poco apretado y bastante ridículo, ya que él era de pelo en pecho y muy poblado, se colocó los guantes y el sombrero que le cubría parte del rostro, y salió de la cafetería como alma que lleva el diablo, abrió la sombrilla mientras corría por la calle.

Llevaba un muy trecho corriendo por las calles cuidando de que el sombrero y la sombrilla cubrieran su rostro, cuando de pronto sin darse cuenta apareció un burro saliendo de la esquina de la calle en un cruce, y Montervelt, trató de bajar la velocidad, pero al pasar por la boutique casi a dos establecimientos de donde venía cruzando el burro, una empleada lanza a la calle el agua de una bandeja, llena de jabón, Montervelt, pisa el agua enjabonada y acelera sin querer el paso, cuando de pronto de un golpe tira al pobre burro, y el abogado sale volando por los aires sin sombrilla y sin sombrero, dando tremenda voltereta en el aire y cayendo sobre puesto de manzanas que estaba en la esquina de la calle Rosebert y la Quinta, que es donde él venía corriendo, habiéndose postrado encima de las

manzanas y mareado del golpe, la gente comenzaba a acercarse a su alrededor, abrió los ojos y alcanzó a ver una silueta de un hombre, que se burlaba a carcajadas mirándole a la cara, y echándose a reír, se volvió para ayudarlo a incorporarse sin dejar de reírse, lo ayudo a parar y el hombre le dijo:

-¡Caray, mira como son las cosas!, Dios nos libre de semejante atropello- asintió riéndose y con una voz burlona.

Cuando pudo incorporarse bien, Montervelt, volvió la mirada hacia el hombre que se estaba mofando de él y volteo a ver a la gente que se había acumulado a su alrededor, la señora del puesto de manzanas le grito y le dijo:

-¡Valla, valla!, ¡pero qué demonios le pasa a usted!, ¡degenerado!, me ha echado a perder toda mi mercancía-

De pronto el abogado sintió tal vergüenza y casi no escucha a escuchar todas las cosas que la gente estaba diciendo, la cabeza le dolía y estaba muy aturdido, se metió la mano debajo del vestido todo roto, metió la mano a su pantalón y saco un fajo de billetes y se lo dio a la señora del puesto, trato de dar algunos pasos, cuando el hombre que estaba a su lado se seguía riendo de él, le acerco su sombrilla y le puso el sombrero en la cabeza, lo tomo del brazo y le dijo:

-Por aquí mi hermosa señorita- echándose a reír de nuevo.

Cuando por fin se le aclaro la vista y los oídos a Luis Montervelt, se encontraba ya a unos pasos de donde

había sido el accidente, y volvió la mirada hacia el rostro del hombre que se estaba burlando de él, pudo verlo bien, era Pierre.

-¡Pero mira que sorpresas me da la vida!- exclamó Pierre sin parar de reírse,

-Mira que me ha tocado rescatar damiselas en desgracia, pero jamás me había pasado algo así, pero que hermosa mujer sin senos, ¡jajaja!, pero tan peluda como un chango, ¡jajaja!. Vamos Luis, pero dime, ¿Qué diablos estás haciendo?, preciosa- dijo Pierre mientras le agarraba una nalga.

-Deja ya de burlarte- dijo molesto Luis. Estoy realizando un experimento.

-Vaya que es muy interesante tu experimento, mira que correr como alma que lleva el diablo a pleno día saliendo de una cafetería vestido de mujer, da mucho de qué hablar, ¡jajajaja!, ¿y ahora a que te dedicas?, ¿asaltas cafeterías disfrazado de mujer? ¡Jajaja!- dijo Pierre.

Mientras se quitaba el disfraz Luis se ponía la camisa que se había amarrado en la cintura bajo el vestido, con los cabellos todos despeinados, la cara golpeada y el vestido roto y lleno jugo de manzana, respondió.

-¡Basta, basta!, Pierre estaba haciendo un experimento ya te lo dije, pero vamos a la oficina y ahí te contare-

Mientras caminaban rumbo a la oficina, Montervelt pensó en voz alta y dijo:

-Tenía razón, mira que correr con tantos trapos, uno suda como cerdo camino al matadero pero que incomodidad-

-¡Perdón!, ¿Qué dices?- pregunto Pierre

-¡Nada hombre, nada, yo sé mi historia, sigamos y tomemos un vaso de whisky.

Llegaron al edificio Mac Donnell, en la Tercera Avenida, subieron al tercer piso en el que se ubicaba la oficina, Luis aventó el vestido, el sombrero y la sombrilla que llevaba cargando, tomo la llave que estaba encima de su escritorio, abrió el cajón, saco el fajo de billetes y lo guardo en el cajón cerrándolo nuevamente, se acerco al mueblecito donde estaba el whisky, buscando la licorera, pero ¿Cuál licorera? Si ya estaba rota, tomo una botella la abrió y llevo dos vasos, se sentó en su sillón y le dijo a Pierre.

-Siéntate por favor, y dime Pierre, ¿Qué te trae por aquí?, no estabas en América?, cuanto tiempo, pero cuéntame ¿Qué ha sido de tu vida?-

<Pierre> Amigo tengo mucho que contarte, pero mira que bienvenida me has dado, la mejor que puedo imaginar sin duda alguna, jajajaja, tu disculpas pero tienes que decirme que hacías corriendo de esa manera.

<Luis> ¡Si, si! Ya lo sé, te contare, de hecho, creo que tú me podrás ayudar, pero te hare un breve resumen. Vino ayer una mujer muy peculiar a solicitar mis servicios, aun no se cuales servicios, pero acudió a mí, me contó una historia un poco extraña y me reto a correr con un vestido como el de ella, ¡no se!, por un instante se me ocurrió la idea y pase por el mercado y compre el vestido, y lo demás pues ya lo viste, pero te contaré mas a detalle después, pero dime, todavía no respondes mi pregunta.

<Pierre> Pues vengo a quedarme una temporada en la ciudad, vengo a visitar a la familia, ya tenía mucho tiempo que no venía, después de la graduación de la universidad me fui a probar suerte a América, me case y tuve dos hijos.

-¡Qué bien!- exclamó Luis interrumpiéndolo, no te veía desde la graduación, ¿y tu familia?, ¿Viniste con ellos, o donde los dejaste?

<Pierre> Se quedaron en América, mi esposa y mis dos pequeños, Carlos y Ana, viven en casa de mi suegra, tuvimos una época de mucho éxito, yo era un investigador famoso y teníamos un rancho en Texas, pero tuvimos que vender todo tras un fraude en el que nos involucraron y amenazaron con matar a mi familia si yo seguía en el país y trataba de llevármelos, así que decidimos separarnos por un tiempo en lo que las cosas se calmaban, yo me estableceré aquí, buscare un buen trabajo y los traeré para que estemos juntos de nuevo.

-Siento mucho escuchar eso, mi buen amigo- exclamó Luis con una voz melancólica.

- Pero dime Luis, ¿ya sentaste cabeza o qué?, mira que me estoy preocupando, deberías de buscar una esposa y tener tu familia, eso de andar saliendo vestido de mujer me está espantando un poco- dijo Pierre en tono burlón, - por cierto ¿y el burro?- preguntó a Luis.

-¿Cuál burro?- dijo Luis

- Con el que chocaste y volaste por el cielo- le contesto Pierre.

- ¡Santa Madre!, ni me acordaba, no vi ni a que le pegue, solo sentí el golpe y de pronto ya me hacia

volando, Pierre, por favor, ¿podrías hacerme el favor de ver que sucedió?, y si necesitas dinero, diles que pasen a recogerlo a la oficina-

- ¡Claro!, yo me encargo, y de regreso traigo algo de comer que ya va haciendo hora- exclamó Pierre.

De pronto Pierre salió de la oficina, y cerró la puerta, Luis se recostó en el sillón que estaba detrás de las sillas de su escritorio, subió los pies al sillón quitándose los zapatos, - ¿Pero qué es esto?- dijo Luis sintiendo la suela de uno de ellos, tremendo agujero tenía uno de ellos, seguramente se rompieron con toda la revuelta.

Cerró los ojos por unos momentos, y tomo una ligera siesta.

-Toc, Toc,- se oía a lo lejos, - ¿Puedo pasar?- preguntaba una voz de mujer.

-¡Si, adelante!- dijo Montervelt

-¡Disculpe señor Montervelt!, soy yo, Antonia su secretaria, solo vine a dejarle las cosas que encargó, su cenicero y su licorera, ¿Desea que le traiga algo más?-

-¡Gracias Antonia!, ¡Sí!, de hecho si puedes traerme algo más, por favor, ¿podrías comprarme unos zapatos?, mira que los míos creo que no me servirán para hoy en la tarde- contestó Luis.

Dejo las cosas en el escritorio la secretaria, tomo los zapatos del abogado, y salió a hacer el encargo.

Mientras tanto, en la calle Rosebert, se encontraba Pierre, atendiendo a la petición de su amigo, el burro, tirado en la calle. Había como cinco personas haciendo un círculo a lado del burro, mientras un

señor de aspecto humilde estaba sosteniendo la cabeza del animal y diciendo.

-¡Pero mira! ¿Qué te han hecho mi fiel Teodoro?, que hice para merecer tal castigo -

El burro con los ojos cerrados y postrado en el piso con un aspecto funesto, no se movía, mientras el pobre señor, lloraba y rezaba por el alma de su pobre animal. De pronto, el animal abrió los ojos y se incorporó como si nada le hubiera pasado, y continuó su caminata.

Todos se quedaron asombrados, se dieron la vuelta e hicieron como que nada hubiera pasado, Pierre se acercó al hombre y le dio una cantidad de dinero por lo sucedido, al ver la cuantiosa suma, el hombre, corrió hacia el burro y le dijo a Pierre.

-¿Pero ha visto?, es el alma de Teodoro que fue arrollada por una mujer peluda, pudo haber quedado traumatado, ¡imagínese! ¿Qué explicación le voy a dar a Cleotilde?- decía el hombre.

-¿Perdón señor?, su animal está en perfecto estado por lo que puedo observar, ¿y Cleotilde? ¿Es su esposa?- pregunto Pierre

-¡Pero claro que es su esposa!, es la madre de sus burritos- respondió el señor.

Pierre le dijo –Buena suerte y espero que esa cantidad sirva para indemnizar a los burritos-, se dio la vuelta y se fue caminando a buscar un lugar donde comprar comida.

Mientras tanto, en la oficina de Montervelt, la secretaria Antonia tocó a la puerta, al cabo de un rato al no contestar, entró sigilosamente para ver que todo estuviera bien, el abogado dormido sobre el sillón, no se percató de la presencia de Antonia, ésta dejó los zapatos nuevos a un costado del sillón en el piso, saco la licorera nueva, la llenó de whisky, la colocó en el mueblecillo, limpió el escritorio y acomodó el desorden que había en el lugar.

Se dirigió hacia el sillón y recogió el vestido roto lleno de manzana, así como la sombrilla y el sombrero, dejando impecable el lugar, posteriormente salió nuevamente de manera sigilosa dejando una nota en el escritorio de Montervelt, el cual decía:

“Licenciado, saldré a comer con mi novio, regresaré a tiempo para recibir la visita de hoy en la tarde, llegó un paquete pequeño envuelto en una caja de madera con las iniciales MR, lo dejé en la recepción, no dice quién lo trajo, ni el nombre de la persona a quién va dirigido”.

Pierre había recorrido la ciudad en busca de alimento, cuando se le acercó una señora y le dijo algo en secreto, a Pierre no le quedo otra opción que acompañar a la señora dejando en el mostrador la comida que iba a compartir con su amigo, y no le dio tiempo de avisarle que tardaría un poco más de lo acordado en volver.

Eran las seis de la tarde y el abogado dormía plácidamente en el sillón de su oficina cuando escucho a lo lejos.

-Toc toc, Señor Montervelt, ¿Puedo pasar?, soy Marianne Rublet, ¡señor Montervelt-

El cansado abogado se levantó de un solo golpe tropezando con los zapatos nuevos, se los colocó y se acercó al mueblecillo, mientras le contestaba.

-Un momento, solo un momento por favor- decía en tono de desesperación.

Tomó el primer vaso que vio frente a él se lo echo a la cara para lavarse, y sintió un ardor espeluznante, y gritó – ¡Carajo!, ¡Pero qué diablos!- a lo cual la señora Rublet, del otro lado de la puerta le preguntó.

-¿Todo bien?, si quiere puedo volver en otro instante, mire que si está usted muy ocupado, por mi no hay problema- dijo Marianne.

-¡No, No, No!, espere solo un momento por favor, en seguida la hago pasar- exclamó Montervelt.

Tomo un vaso con agua y se volvió a lavar el rostro, se acomodo la camisa y se colocó el saco que estaba en su silla.

Se dirigió a la puerta pensando –Esta vez, si mirará mis seductores ojos y sabré que lo que me está diciendo es verdad o no-

Abrió la puerta recargándose en el marco y con un porte seductor le dijo – Marianne, la esperaba más tarde, pero es un placer tenerla de vuelta por aquí, pase usted por favor- a lo cual ella con una expresión de sorpresa lo miro y le preguntó.

-¿Está usted bien, mi buen amigo, que le sucedió en la cara? ¿Que tiene en los ojos?- Marianne dijo en tono sorprendido.

-¡Lo sé!, ¿son hermosos verdad?- dijo Montervelt en tono arrogante.

-¡No!, lo digo por lo irritado que los tiene, ¿Pues que andaba mirando?- le preguntó Marianne enseguida que paso por debajo de su brazo y se metió a la oficina.

El abogado preocupado por eso comenzó a buscar un espejo para verse los ojos, cuando Marianne sacó un hermoso estuche en forma de ostra de plata con las orillas de oro y un rubí en el centro, y dijo –Tenga, mire usted por sí mismo-.

-¡Pero qué hermoso espejo!- dijo el señor Montervelt, abriéndolo y mirándose a los ojos fijamente, sus hermosos ojos ámbar, se habían transformado en dos sacos rojizos e inflamados, al llegar Marianne, se había echado encima el vaso con whisky en lugar del vaso con agua. Un hermoso, nítido y cristalino reflejo daba el pequeño espejo de la señora Rublet.

-¡Hermoso!, verdaderamente ¡muy hermoso!- decía entusiasmado, - ¡Sí! En efecto un recuerdo de mi madre, es una pena que yo no pueda ver mi reflejo en él, pero es mejor, ¡soy tan fea! Que sin duda alguna se cerraría de golpe si miro el espejo fijamente!- asintió la mujer.

Una vez que se había visto al espejo, aun teniéndolo en la mano, Marianne arrebató el artefacto y volvió a colocarlo dentro del bolso. – ¿Y bien Luis?, ¿Qué te

sucedió?, quien te apretó como sapo hasta sacarte los ojos de sus parpados?- pregunto Marianne.

-Disculpa Marianne, solo un experimento a final de cuentas, el día de hoy ha sido un día difícil, pero, ¿no deberíamos vernos a las siete de la noche?, te noto un poco desganada y cansada, ¿te sirvo algo de beber?- preguntó Montervelt.

<Marianne> Si me haces el favor, te lo agradeceré he venido antes porque mi estancia en esta ciudad pone en riesgo todo por lo que he luchado, y debo poner en tus manos todo antes de poder marcharme.

<Luis> ¿Perdón?, divague un poco, aquí tienes tu bebida, y dime esta vez me contarás todo lo que debo saber me supongo, aun no entiendo con precisión porque acudiste a mí.

Por cierto, el día de hoy vistes diferente, con el perdón tuyo, es un elegante vestido muy hermoso pero un poco descolorido y deshilachado, ¿no te parece?, teniendo en cuenta la suma que me dejaste el día de ayer, podría pensar que dinero no te hace falta para vestir con ropas nuevas.

-¿Me estás diciendo andrajosa? No estoy aquí para ser criticada, ni ser juzgada por mi apariencia, mi forma de vestir, es lo que me recuerda la época en que fui feliz, el llevar esta ropa me hace pensar que alguna vez logre sentirme feliz y plena.- Dijo Marianne decepcionada y un poco frustrada.

-¡No, no! De ninguna manera pretendí ofenderte, pero se me hizo muy curioso verte vestida con ropas tan elegantes . . . y tan viejas . . . ¡Perdón!, disculpa,

prometo no volver a hacer ese tipo de comentarios.-
dijo Montervelt un tanto apenado.

Marianne iba luciendo un vestido muy hermoso de corte francés, muy elegante, un poco deshilachado y descolorido, con un sombrero que cubría parte de su rostro, el cabello suelto y cubriéndole la cara, y unos guantes color blanco un tanto llenos de polvo y sucios. Sin embargo, a pesar del aspecto desaliñado, su piel, suave y tersa, parecía estar recién lavada y perfumada.

<Marianne> Hoy me paso algo muy curioso, mientras me alistaba para venir, iba caminando por la calle y percibí una fragancia que no olía desde hace mucho tiempo, un aroma tan peculiar que me hizo reconfortarme, sentirme nostálgica, volvía a casa de mi amiga Lucinda, abrí mi viejo ropero y saque este vestido, el vestido con el que paseaba en épocas en donde fui muy feliz, ¿sabes?, este vestido le gustaba mucho, era uno de sus favoritos, sus tonalidades rojizas y tonos rosados, decía que parecía una rosa floreciendo. Mmm, y el sonido de su voz cuando me cantaba al oído mientras caminábamos por la noche a la luz de la luna, en fin, me he puesto este vestido y el de ayer, para ver si en la calle alguien que me conoció en esa época puede decirle que lo sigo recordando.

Marianne sacó un cigarrillo de su bolso, lo encendió y le dio dos fumadas profundas, inmediatamente, al ver esto, el abogado acercó el recientemente comprado cenicero y lo puso cerca de ella, la mujer se quitó el sombrero, dejó el cigarrillo en el cenicero, tomó una pluma del encima del escritorio, se recogió el cabello e insertó la pluma entre los cabellos a manera de hacerse un chongo. Se sintió más relajada y dejó el bolso en la silla a un costado de ella, se recargó sobre el respaldo

de su silla y miro hacia arriba en una actitud nostálgica diciendo:

<Marianne> ¡Si tú hubieras podido verme en esosayeres!, Mmm Luis, era la mujer más dichosa de este planeta, lo recuerdo como si fuera ayer, tenía dieciséis años, lo tenía todo, ¡todo!, juventud, elegancia, ropas finas, un buen trasero, y la cara llena de granos y el cabello todo enmarañado. ¡Sí! Toda una puberta en plena acción, pero a él no le importaba, él solo se dedicaba a decirme lo hermosa que le parecía y que solo le importaba la belleza interna, ¡claro! La belleza de entre las piernas, el muy ¡cabrón! Quiso hacerme los hijos a mano, ¡ahhhh! ¡Pero era tan seductor!, que al final caí redondita como cualquier estúpida a quien le dicen “mi vida, mi alma”. Pero no me arrepiento, me hizo la mujer más dichosa de este planeta, se llevó parte de mi juventud, mi virginidad y mi dinero.

Un ángel caído del cielo, era mucho mayor que yo, pero tenía un cuerpo exquisito moldeado por el mismo demonio, solo de verlo, las hormonas se alteraban, su cabello rubio, lacio hasta los hombros y ojos verdes aceitunados, sin duda alguna un hombre hermoso. – ¿Uno de tus tantos esposos me supongo yo?- interrumpió Montervelt.

-¡Sí! Mi único y verdadero esposo, mi marido de cuerpo y alma, ¡los demás fueron transacciones financieras!, una mujer sola y con hambre, es capaz de tragarse al primer puerco que ver cruzar la calle- exclamó Marianne con un tono sarcástico.

Mientras escuchaba sus vivencias íntimas, Monteverlt fijo la mirada en el prominente escote del vestido de

Mariana, sintió como se le cerraban los ojos, y comenzó a imaginar como ella frente de él le decía – Mmm, Luis, mmm, ¡pero qué guapo eres, que inteligente! ¡uy y esos ojos!, ¡cielo santo!, ¡esos ojos tan hermosos!, ¡pero qué grandes y hermosos ojos tienes Luis!-

El abogado sentía su corazón comenzar a latir rápida y precipitadamente, sentía como la piel se le erizaba y de pronto sintió una fuerte bofetada, trató de abrir los ojos, pero estos solo le permitían ver por una rendija de ellos mientras Marianne le decía.

-¡Pero qué grandes tienes los ojos Luis, y que hinchados!- decía Marianne molesta.

Buscó entre las cosas de su bolso y sacó un pequeño frasco de cristal de color rosado, con una tapa de plata en forma de rosa semi abierta, puso dos gotas del liquido rojizo en un vaso con agua y le dijo a Montervelt. – Luis, lávate los ojos con esta agua y pronto se desinflamarán- dijo preocupada Marianne.

Luis tomo el vaso con el liquido, y se echó un chorro en cada ojo tratándolos de abrir, cuando de pronto . . . -¡Arrrrrg! ¿Qué es esto?, ¡arde!- dijo enfurecido el hombre, y Marianne contestó – ¡Uy!, se me olvido comentar que ardería un poco, pero la sensación pasará rápidamente ya lo veras-

-¡Ya sé!, te cantaré una breve canción mientras pasa el dolor- dijo entusiasmada Marianne mientras el hombre se retorció del ardor.

Comenzó a escucharse una voz, muy melodiosa, suave y relajante, poco a poco Montervelt, sintió una paz interna muy tranquilizante, el ardor comenzaba

a sucumbir, era una tonada muy hermosa, sentía que los oídos se le amplificaban, no escuchaba ningún otro sonido que no fuera la melodía de Marianne.

Tras el paso de unos cuantos minutos, Marianne dejó de cantar, el abogado en pleno estado de relajación, abrió los ojos, el ardor había pasado, y sus maravillosos ojos enigmáticos y seductores color ámbar, habían quedado completamente sanos, incluso sentía que veía con mayor claridad, su cuerpo estaba como en un trance, y de pronto se encontraba mirando al techo con la boca abierta.

Se incorporó y le dijo a Marianne si podía tomar uno de sus cigarrillos, lo encendió y le dio tremenda aspirada, que sintió que el humo le salía hasta por los oídos, se mareo y le preguntó a Marianne -¡Vamos mujer!, ¿Pero de qué clase de tabaco tienen estos cigarrillos? Siento como si los pies se me hubieran enroscado-

-¡Pues no lo sé!, yo solo los tome de su escritorio, vi como los hacía de una plantita muy bonita que tenia sembrada en el ala del jardín, así que corte varias de las platas y tome el papel con que los hacía, ¿muy relajantes no te parece?- dijo Marianne muy segura de lo que decía, y ambos comenzaron a reír.

-¡Sí! ¡Muy buenos!, pero mujer, ¿Sabes que éstos te pueden hacer desvariar y causarte la muerte?- preguntó Luis riéndose, a lo cual Marianne respondió – Te aseguro que es más factible que muera de una insolación con la sombrilla desgastada que traigo a que se me colapse un pulmón por estos cigarrillos, además sólo los he fumado el día de ayer y hoy.-

<Luis> ¡En fin!, dime, tengo ciertas dudas que me gustaría que me hicieras favor de aclarar antes de empezar a buscar no se qué cosa.

La primera de ellas es ¿Qué edad tienes?, ¿Cómo asesinaste a tu esposo?, ¿en qué quieres que te ayude? Y . . . y . . . ¿y si estas disponible mañana por la noche para invitarte a cenar?

<Marianne> ¡Caray señor Montervelt!, mire que ese cigarrillo tuvo un gran efecto.

Pues bien, respondiendo a tu primer pregunta, muchos más que tu, solo que me conservo muy bien a pesar de mi aspecto.

El asesinato de mi esposo Gregory, fue algo que no debió ocurrir, pero ocurrió, se podría decir más bien que fue accidental, pero al comenzar una investigación podrían salir a la luz, historias de mi vida pasada que no es conveniente que se sepa, y la gente no lo comprendería, así que comencare por el principio.

Me case con él hace quince años, como ya lo había mencionado antes, un matrimonio por conveniencia, mi marido había enviudado y su anterior esposa era dueña de todo, al morir ésta, dejó toda su fortuna, pertenencias, y negocios a su pequeño hijo Anthony, que dejó huérfano de madre a los cinco años. Varios años Gregory estafó a su esposa y hacia negocios ilícitos con su fortuna, el pensó que al morir ésta, le dejaría todo a él, pero no contaba con que el heredero sería su hijo, el caso, es que Gregory se había relacionado con políticos que le ofrecía un cargo en la diplomacia, pero debía casarse de nuevo y poseer la fortuna de su

esposa, así que mientras realizaba sus negocios, fingía que la fortuna ahora de su hijo, era suya.

Cuando yo me le acerque, mi último marido Richard de Louve, un hombre muy adinerado y noble, había muerto a la edad de 85 años por una insuficiencia cardiaca, y me había heredado toda su fortuna, pero ¡claro!, las autoridades y la familia, nunca me quisieron, y Richard me hacía vestir siempre de sombrero con una malla que cubriera mi rostro, no deseaba que nadie notara mi juventud, pensaba que lo tacharían de viejo rabo verde, en fin esa es otra historia.

Cuando muere Richard, sus familiares me acusaron de causarle la muerte, haciéndolo excitarse más de lo debido, padecía del corazón y ya había sufrido dos infartos, ¡imagínate!, a esa edad, ¡ni los cuervos se le paraban encima!, pero la familia insistió en realizar una cacería en mi contra, así que tome mis joyas, unos cuantos vestidos y artículos personales, unos cuantos fajos de billetes y huí del país, y así llegue al puerto.

Conocí a una mujer llamada Lucinda, una tabernera, que enseguida de acogió en su casa, me prestó ropa y me metió a trabajar ahí.

La noche en que emborraché a Gregory, le hice creer que yo conocía a alguien que pagaría muy bien por su mercancía, y que a cambio de ese negocio, podría hacerme su esposa para conseguir la fortuna de la difunta, el puesto en la política y una persona que se encargara del hijo. El envió el cargamento al puerto, tome parte del dinero que me había llevado y contrate a unos ladrones cerca del puerto, el cargamento estaba listo, los ladrones debían desaparecerlo y yo tomaría

dinero de Richard y le haría creer a Gregory que se efectuó el pago.

Nunca supe que es lo que había en el cargamento, pero no me sorprendería que la madre de Gregory y toda su familia estuvieran envueltas y metidas en las cajas, ese hombre vendería hasta su alma.

Los ladrones dijeron que eran un fraude lo que llevaba el cargamento, que a la vista, la mercancía parecía realmente auténtica, pero que no lo habían podido vender en ninguna parte, así que quedaron satisfechos con su paga, y Gregory creyó haber hecho el negocio de su vida, cuando en realidad el dinero era mío, que ¡claro!, lo recupere al casarme con el cerdo de 120kg. En una de las cláusulas del testamento de su esposa, existía una parte en la que se decía que si Gregory se volvía a casar, y la mujer era digna de la casa Rublet, ésta fungiría como tutora de Anthony y tendría acceso a parte de la fortuna de la difunta, sería la administradora de una parte hasta que el pequeño hijo cumpliera 23 años.

Durante los años siguientes al inicio del matrimonio, debía convertirme en una mujer de mundo, educada, fina, artística e intachable, para poder administrar la fortuna de los Rublet, no me fue difícil que me concedieran el papel a desempeñar. Gregory subía en su carrera política, mientras todos pensaban que la fortuna era de él, me dedique a cuidar a Anthony como su institutriz, a educarlo y cultivarlo, y también a ver que su padre era un cerdo asqueroso que lo dejaría en la calle.

La reputación de Gregory iba en aumento, su esplendida y hermosa esposa era su estandarte, nadie

creería que el imponente ser de 120kg, había tenido una sucia historia que ocultar, todo parecía perfecto en un mundo de fantasía.

Yo administraba solo una muy pequeña parte de la fortuna, que nos ayudaba a mantener los servicios de la casa, la educación de Anthony, la vestimenta, el pago de los servicios de las demás propiedades, un presupuesto muy ajustado. Las percepciones que Gregory recibía, se le iban en tomar y apostar, le encantaba jugar todos los jueves por la noche, al salir del trabajo, se dedicaba a fanfarronear con sus colaboradores de lo adinerado que era y los invitaba a beber a las tabernas.

Tras largos años de ahorrar el dinero de Richard y lo que tomaba como parte del suelo de institutriz, decidí que faltaba poco tiempo para que Anthony tomara el control, y cuando esto sucediera, abandonaría a Gregory y me iría a otra parte del mundo.

Sin embargo, una noche en una gran fiesta por parte del gobierno, Gregory se emborracho, y delante de todo el mundo me llamo una frígida perra, que el verme desnuda solo le daría lastima a quien se quisiera acostar conmigo, que no podía acercarse a mí, porque era como hacerlo con una muerta.

La gente comenzó a reírse, tras la humillación pública y el bochornoso evento, decidí salir de ahí y regresar a la casa, no podía creer lo estúpido que había sido, no solo porque lo ayude con el asunto de su hijo, sino también a cubrir las apariencias de una esposa perfecta que lo ayudaría a mantener su posición política.

Por supuesto, todos los presentes le atribuyeron su simpática conversación al alcohol y hacían chistes de mi persona.

Esa noche decidí, quitarle la vida, ¡Sí! ¡Quitarle la vida! Que tanto deseaba. Mi relación con uno de sus colaboradores Cástulo Lee, era muy buena, el señor ya un poco mayor, era uno de sus mejores amigos, Gregory lo apreciaba mucho, y le tenía toda la confianza, años atrás, sabía que yo le gustaba al señor, de buen parecer, maduro pero interesante, sería mi venganza.

Anthony por otro lado, ya estaba por cumplir los 20 años, se había puesto muy guapo, elegante y fino, con los rasgos de su madre, y muy varonil. Entonces pensé - ¿Por qué no?,- Anthony nunca me ha visto como su madre, siempre lo había descubierto en la oscuridad de su recamara haciendo cosas debajo de sus sabanas y vociferando cosas sobre mí.

Así que en mi enojo decía mentalmente – Verás pobre cerdo estúpido, lo frígida y muerta que puedo llegar a hacer, cuando convierta esto en un infierno de éxtasis y que tu socio te diga lo frígida que puedo ser-

Y así espere a la reunión que tendrían en dos meses, una fiesta en el que todo el mundo volvería a aparecerse en el mismo recinto de aquella noche.

Llegado el día me puse un vestido entallado y de gran escote, saque de las cosas que tenía de Richard, una fragancia muy exuberante y seductora, hice que las sirvientas me maquillaran y fui decidida a interpretar mi último acto público.

Dispuse que Anthony nos acompañara a la recepción, el joven no dejaba de mirarme de una manera libidinosa y el aroma de mi fragancia, ocasionaba que los hombres voltearan a verme como un perro callejero que no había comido en tres meses.

Durante la recepción en el gran salón, había unas escaleras de mármol que vestían la segunda planta, un poco pronunciadas. Salude a los invitados apartándome de Gregory, tome varias copas, y le pedí a Cástulo que me ayudara a subir las escaleras para ir al sanitario, lo tome del brazo y me cercioré de que todo el mundo nos viera, al subir media escalera, fingí haberseme caído un brazalete, al agacharme, deje que Cástulo se agachara para recogerlo, mientras enseñaba mi pronunciado escote.

Me dijo con una voz temblorosa y nerviosa – Madame, es usted una mujer muy hermosa, orgulloso debe estar Gregory de tenerla a su lado- a lo cual le contesté- ¿Usted cree?, de verdad, pues más orgulloso debe sentirse usted de notar tal belleza, disponible y libre para personas inteligentes- El hombre se abalanzó sobre mí y comenzó a besarme el cuello, sin importarle que la gente estuviera observando, y yo se lo permití, sentía sus manos apretujar mi cuerpo, la fragancia que usaba era muy seductora. Se hizo un gran silencio en todo el salón, y las miradas de voltearon hacia nosotros.

Me eche a reír a carcajadas, y grite – ¿Frígida Gregory? ¿Indeseable? Jajaja, indeseable tú que no tienes ni en que caerte muerto, el dinero es de tu hijo, no eres más que un pobre cerdo ebrio que compro una esposa para quedarse con la fortuna de la difunta-

-¡Gracias! Le dije al pobre Cástulo en sus intentos de excitación –Eres un buen hombre, pero fuiste engañado como todos los presentes en esta habitación-, baje la escalera en un silencio desbordante y las miradas de todos me seguían, hasta la banda había dejado de tocar, tome una copa del pobre mesero que se había quedado parado en medio del primer escalón, la bebí de un solo trago y la lance hacía el piso, tome otra copa y ya al pie de la escalera, con todos mirando, la alcé y propuse un brindis.

-¡Propongo un brindis!, ¡si señor!, un brindis por Gregory, el hombre que ha engañado a todo el mundo, incluso ha ocultado la verdadera razón por la cual no pudo heredar a su esposa, él no pudo heredar porque . . . -

-¡Calla mujer del infierno!- grito Gregory exaltado

-¡Amor mío!, ¿Pero por qué quieres que calle?, ¡éste es el mejor momento!, ¿tú crees que no me daba cuenta las veces que me engañabas?, ¿ya le dijiste a esta gente que eras el mejor amigo de Cástulo porque te acostabas con su esposa? Y mientras te acostabas con ella, le robaban el dinero a Cástulo para que tú pudieras seguir apostando los jueves cuando ibas a su casa.

-¿Pero qué estás diciendo mujer?, ¿es eso cierto Amelia?, ¿Pero de donde sacas eso Marianne?- preguntó Cástulo muy enojado.

-¡Ay por Dios Cástulo!, deberías de contratar un servicio más discreto, tu sabes que las empleadas de la casa no son como las de antes, y más cuando una de ellas se acuesta con tu marido después de sus tardes de farra, ¡tu mucama, Dorotea!, es novia de mi jardinero

y amante de mi esposo. ¡Uy no sabes! ¡Lo que puede hacer un collar de perlas cuando hay una pareja enamorada, se lo di a mi jardinero a cambio de que trajera a Dorotea, ¡mira no más!, solo se lo enseñé y empezó a cantar como los mismos ángeles del cielo- decía irónica y sarcásticamente Marianne mientras reía.

-¡Así es!, que todos se enteren, de los sucios enredos de su sociedad, pero me quede en una parte muy importante, ya que estamos tan entusiasmados, les contaré el secreto de los Rublet, el motivo por el cual Gregory jamás podía obtener la fortuna de Rosalie Rublet, jajaja- Dijo Marianne mientras volvía a romper la copa y tomar otra.

-¡Basta!- Se oyó a lo lejos, un señor de avanzada edad de porte muy fino y con un sombrero alto y negro, con el cabello plateado gritó.

-¡He dicho basta!, salgan todos de aquí, Gregory quiero tu renuncia en la mañana, Cástulo, también la tuya, - volvió a decir el anciano.

-¿Sólo eso señor?- preguntó en tono burlón Marianne, -¿no le gustaría saber de los negocios turbios que tenía Gregory en el puerto?, ¿y de los cuales Cástulo y varios de sus hombres estaban involucrados?, ¡Pregunte en la taberna del puerto, por unos cuantos centavos la gente hablará, ¡ah! Y pregunte por Ruperto él le podrá decir el contenido de los embarques, su procedencia y sus destinos, ¡un rufián sin lugar a dudas! Pero puede serle de gran ayuda-

La gente atónita de todo lo que sucedía, sólo guardaba silencio y mantenía en sus manos las copas llenas que tomaron al inicio de la fiesta, Anthony me

tomo del brazo jalándome hacia la salida, me sacó del lugar, pidió un carruaje y fuimos a la casa.

¡Uy que casa Luis!, la verdad es que el lugar de la difuntita era verdaderamente una mansión de ensueño, por eso aguante tanto tiempo a Gregory, yo creo.

Una propiedad gigantesca, con unos detalles bellísimos, de grandes techos, con columnas y estilo griego, llena de mármol blanco y esculturas bellísimas, ¡y los jardines!, ¡no bueno, los jardines!, a la madre de Anthony le encantaban las plantas, dice la servidumbre que ella misma planto muchas de ellas, que le encantaba los estilos griegos y babilónicos, mando poner jardines colgantes por toda la propiedad, ¡hermosos!, pero en fin, llegamos a la casa, a oscuras, y un poco ebrios, paramos en la sala, y me dijo Anthony -¿Vas a decirme porque mi padre no puede heredar?- y le contesté -¡Sí!, sólo si te portas bien conmigo-.

Bastó con que se acercara a mi cuello y oliera mi fragancia para despertar en él la pasión, nos tumbamos en el sillón y comenzó todo, de pronto entre las sombras se escucho a alguien que estaba mirando tras una cortina, cuando nos dimos cuenta, la sombra salió corriendo hacia la parte trasera de la casa.

Al terminar la escena, Anthony volvió a preguntar - ¿Vas a decirme el secreto de mi padre?- y respondí -¡Pues eso, que él no es tu padre!, por eso no podía heredar la fortuna de tu madre y por eso te la dejo a ti, ella sabía muy bien en lo que Gregory andaba y al verse enferma trato de protegerte de ese señor-.

-¿Cómo?, ¡pero si él no es mi padre!, entonces ¿quién es?- preguntó Anthony.

-¿Acaso no notaste un aspecto familiar en tu instructor de música?, tu madre amaba la música y dentro de sus instrucciones, dejó establecido que se debía darte clases de música con un tutor en específico, Jean Paul Rosemart, tu madre estaba embarazada cuando se casó con Gregory, debía casarse para evitar la deshonra de la familia, ¿de qué crees que murió tu abuelo?, la verdad es que dudo mucho que fuera por la noticia de que tu madre esperaba un bastardo, yo creo que fue del susto que le dio conocer a su futuro yerno, pero la verdad es que si fue la por la noticia.- contestó Marianne.

-Ahora que las cosas han salido a la luz, y que Gregory Rublet lo perderá todo, creo que debes estar protegido- decía Marianne en un tono de preocupación.

Ya habían pasado varias horas mientras platicábamos en la sala, cuando me dio muchísima sed, decidí ponerme la camisa de Anthony e ir a la cocina, ahí guardaba un envase de cristal con un brebaje especialmente preparado para mis ataques de ansiedad, de pronto escuche ruidos en la parte trasera de la casa, pasando el jardín se encontraban unas pequeñas casuchas con las recamaras de la servidumbre, cruce el jardín, una de las mucamas tenía un corral con unos cerdos, éstos no eran los que hacían ese ruido.

Decidí entrar, estaba muy oscuro y escuchaba unos gemidos, me acerque a la habitación y entre las sombras vi a Gregory encima de una de las sirvientas, hice una expresión de asombro, me escucharon y trato de jalarme del brazo.

-¡Suéltame!, le grite a Gregory, - ¡Déjame ir!-, estaba muy ebrio y gritaba - ¡Ven acá maldita bruja- gritaba desesperado.

Me tomo entre sus brazos apretándome fuertemente, mientras la sirvienta salía de la habitación, su cuello me quedo a la altura de la boca, y lo mordí bruscamente, me soltó y salí corriendo, pero se levantó a los pocos instantes y trato de alcanzarme, mientras corría hacia la puerta de la cocina, salió de la casucha apenas podía ponerse de pie y gritaba -¡Te voy a matar bruja!-, ensangrentado del cuello, yo volteé y le grite - ¡Tu morirás como el cerdo de eres!-, y de pronto, piso una piedra, y resbalo dentro del corral de los cerdos golpeándose en la cabeza. Murió al instante.

-¿Marianne, Marianne?- decía Montervelt consternado
-¿Marianne?, descansemos un poco, te desvaneciste, te sirvo un whisky, permíteme un segundo.- dijo el abogado.

-¡No Luis!, hazme un favor, acércame de mi bolso la botellita rosa, y mejor tráeme un vaso con agua.

Luis tomo la botellita del bolso de Marianne y se lo dio en la mano, tomó un vaso y lo lleno hasta la mitad con agua.

-¡Aquí tienes!- dijo preocupado, ¿estás bien?- le preguntó.

- ¡Si. Si!, despreocúpate ya se me pasará, solo espera unos momentos, es que solo recordar todo esto me dan nauseas- dijo Marianne en tono de burla.

Tomo el vaso con agua en su mano, y vertió dos gotas del contenido de la botella en él, bebió el contenido del vaso e inclinó la cabeza hacia atrás, llevándose la mano a la frente.

De pronto, se oyó que alguien tocaba a la puerta.

-Toc, toc, Luis soy Pierre, ¿Puedo pasar?, traigo la comida- dijo Pierre.

-¿Comida a estas horas?- pregunto Marianne.

-¡Larga historia!- exclamó Luis con una sonrisa y una voz seductora.

-¡Pasa Pierre, está abierto!- le dijo Luis.

Pierre pasó y dejó la comida sobre una pequeña mesita que estaba a un costado de la puerta

-¡Perdón! ¿Estás ocupado?, pasaré un momento al sanitario!- dijo Pierre yendo hacia el pequeño baño que se encontraba en una esquina de la oficina, y se entró a lavarse las manos y la cara.

- Creo que ya es tiempo de irme- dijo Marianne apresurada.

-¡Pero quédate a cenar con nosotros por favor!- dijo Luis emocionado y con la incertidumbre de la actitud de Pierre, al no saludar a la dama y su indiferencia hacia su presencia.

-¿Y qué trajiste de cenar señor?- pregunto en un tono irónico Luis a Pierre

-¡Lomo de cerdo!, ¿gustas?- contestó Pierre.

-¡No! ¡Muchas gracias!, he comido cerdo por muchos años, les agradezco la atención- contestó Marianne burlándose.

Se unió Luis a las carcajadas de Marianne tras la aventura contada, ayudó a la señora Rublet a levantarse de la silla y la acercó a la puerta diciéndole -¿Nos vemos mañana para terminar con nuestra conversación?- le preguntó entusiasmado.

-¡Por supuesto!, ya es tarde y debes estar cansado de escuchar tantas cosas, por cierto ¡me encantaron tus ojos de sapo apretujado!, te van muy bien.- echándose a reír dijo Marianne.

Tras salir la mujer de la oficina, recordó que llevaba aun puesta la pluma de abogado, tocó de nuevo la puerta soltándose el cabello y diciéndole -¡Perdón!, me llevo su pluma señor Montervelt-, con una voz suave y melodiosa el abogado contestó – ¡Llévesela señora Rublet!, es un recuerdo de la velada-.

-De ninguna manera, señor Montervelt, no vaya a ser, que sea un recuerdo de su tatarabuelo cuando cazaba en caballo con un penacho, o de una princesa del Amazonas- le respondió simpáticamente Marianne.

-Jajaja, ¡está bien! Señora mía, la guardaré para mañana- dijo Montervelt mirándola fijamente a los ojos con una mirada seductora y cerrando la puerta.

Al salir del baño, Pierre se secaba la cara y las manos con una pequeña toalla diciéndole a Luis.

-¡Disculpa! Que no haya venido antes como acordamos, pero se presentó una situación de emergencia, y llegue muy distraído pensando en la solución que puedo dar a mi problemática, escuche

que hablabas con alguien, ¿quién era?, ¿interrumpí algo importante?- exclamó Pierre al notar el rostro calmado y el ánimo exaltado de Luis tras su conversación con Marianne.

-¡No viste a mi cliente!, ¡caray Pierre!, ¡el hambre te hace perder tus modales!, ¡ni siquiera la saludaste, ni te presentaste!- Le dijo Luis en un tono molesto, tenía muchas ganas de que Pierre conociera a Marianne, un extraño caso que le entusiasmaba mucho.

-¡Lo siento!, ¡Los siento en verdad!, pero como te dije, venía pensando y no puse atención, ni siquiera me percaté que estabas con alguien, ni siquiera escuche lo que decían. Estoy muy preocupado Luis, debo traer a mi familia a la brevedad posible, es urgente que encuentre en empleo para juntar dinero para enviar por ellos.- mencionó Pierre en tono de preocupación.

-¡Me parece que tengo la solución a tu problema!- dijo muy emocionado Luis, -Tengo un caso en el que necesitaré de tus servicios y experiencia-.

Pierre tomó el paquete de encima de la mesita, lo puso sobre el escritorio y comenzaron a comer, mientras platicaban del extraño caso de la señora Rublet, Luis parecía muy entusiasmado con la idea de ayudarlo, nunca había tenido un caso tan extravagante y difícil, y ahora tenía a su lado a un buen amigo investigador, que aparte de todo, necesitaba trabajo, ideal la situación se iba presentado para el abogado.

Eran ya las diez de la noche y Antonia la secretaria tocó a la puerta, entró y le dijo a Montervelt -Licenciado, me voy, estuve arreglando el archivo y es

probable que mañana no me sea posible llegar por la mañana, debo recoger la correspondencia y hacer los pagos de su último caso como se acordó, tiene una cita a las once del día con la señora Petzquin, es la esposa del hacendario Román Petzquin, el del problema intestado, le recuerdo que la señora pido mucha discreción, a su marido no le gusta que se metan en sus asuntos y además usted no le es muy agradable. Trataré de volver por la tarde antes de las cuatro, dejé el libro de registro de visitas sobre el escritorio de recepción, ¡hasta mañana, que pase buena noche!-

-Esta bien Antonia, ¡gracias!- le dijo Montervelt a la mujer.

Terminaron de cenar, y Luis le dijo a Pierre que estaba muy intrigado por el caso Rublet, y que fueran a tomar algo antes de irse a dormir para que siguiera platicándole el tema.

Salieron de la oficina y fueron caminando por la noche a una cantina cerca, en donde tomaron unas cuantas copas y Montervelt le explicaba su fascinación por aquella mujer que no había caído en sus redes seductoras. Se despidieron y acordaron en que Pierre trabajaría con él en el caso, al salir del lugar Luis le preguntó a Pierre ¿dónde se estaba quedando?, y él le respondió que en una casa de huéspedes, a lo cual, Luis le dijo -Ve por tus cosas, y te espero en la Avenida del Parque, en el edificio 401, si vas a trabajar conmigo, es mejor que estés la mayor parte del tiempo a mi lado, además eres mi mejor amigo, no permitiré que gastes en lo innecesario mientras yo vivo solo.-. Pierre fue por sus cosas y acudió al amable ofrecimiento de Luis, se instaló y siguieron platicando del caso hasta las tres de la mañana.

Al otro día, Luis se sentía cansado y desvelado, debía estar a las diez en la oficina para atender el caso de Petzquin, que al parecer no era de mucha importancia, pero le dejaría las ganancias suficientes para tomar el caso Rublet en sus manos.

Luis pidió a Pierre acudir a la cita en lo que él se tomaba unos momentos para descansar por más tiempo, a lo cual él buen amigo no tuvo inconveniente.

Pierre Lamour, hijo de padres franceses que habían ido a vivirse a Inglaterra tras una disputa familiar, estudio en la universidad junto con Luis Montervelt, leyes, pero a él le gustaba más la cuestión de la investigación, así que decidió terminar la carrera e irse a estudiar para ser detective, trabajó unos años en la policía atendiendo algunos casos, se fue a América para probar suerte hasta que se vio obligado a dejar a su familia tras varias amenazas de muerte por un caso que se salió de control.

De aspecto relajado y sencillo, Pierre era muy analítico, callado y un poco introvertido y siempre decía una frase favorita, “siempre hay algo oculto entre las sombras”. Siempre fue una persona muy objetiva y a pesar de sus éxitos, nunca presumía de su inteligencia, decía que era sólo su trabajo y que para eso había estudiado.

El estar de regreso en tierras ahora desconocidas y con una persona a quien se le admiraba por su astucia y sus excelentes relaciones con las esposas de sus clientes, no era la reputación que necesitaba en esos momentos, pero no tenía elección, sabía que si alguien lo ayudaría sin importar las consecuencias, sería su loco y arrebatado amigo Montervelt.

Llegó al edificio de la Tercera Avenida, entró y saludo Antonia.

-¡Buenos días Antonia!, ¿pero no se suponía que no estarías en la mañana?, ¿sucede algo?- preguntó en tono de sorpresa Pierre.

-¡Buenos días señor Pierre!, ya me voy, solo pase a dejar esta caja que dejaron en la puerta, mientras venía caminando por la calle, me percaté del paquete y decidí meterlo, lo curioso señor Pierre, es que no trae remitente, y solo trae pintado en uno de los costados las iniciales MR, ¡es el segundo que llega!- dijo Antonia con una voz apurada.

-¿El segundo dices?, y ¿dónde quedo el primero?- le preguntó Pierre.

-¡No lo sé señor!, ayer lo deje aquí y le deje una nota al señor Montervelt, pensé que él lo había tomado- le contesto preocupada Antonia, no era fácil que algo se le pasara a esta mujer, era muy ordenada y sabía exactamente todo lo que pasaba en esa oficina.

-Antonia, puedes irte, yo atenderé la cita de hoy, por cierto, ¿ha venido la mujer de la cual habla Luis?, no recuerdo bien su nombre, me parece que se apellida Robler, Ruppert, o algo por el estilo- le preguntó Pierre tranquila y calmadamente como suele ser siempre.

-¿Perdón? ¿Cuál mujer?, no sé de qué me está hablando señor, yo he estado aquí todo el tiempo, y ninguna mujer con ese nombre se ha registrado y tampoco la he visto, a no ser que pasara cuando estaba en el sanitario o en el archivo, ¿está seguro de que el señor Montervelt tuvo la visita de esa mujer que dice?- pregunto angustiada la secretaria, al parecer se había

metido una señora en dos ocasiones al edificio y ella no se había percatado de esto, le causaba un poco de inquietud, si algo importante había sucedido y ella no se había dado cuenta, podrían hasta correrla, pensó ella, y le alarmaba el hecho de que el primer paquete no estuviera por ningún lado.

Comenzó a preocuparse y a pensar -¡Dios! Tendré que buscar otro empleo, ¿y si la mujer que dice se llevó el paquete?, ¿y si contenía algo de valor?, ¡ay Padre santísimo, ayúdame a que no perder mi empleo!, ¡mira que aguantar al vanidoso y petulante de mi jefe es para que ya me hubiera ganado un lugar en el cielo!

-¿Antonia, Antonia?, ya puedes irte, ¿me estas escuchando?- le decía Pierre mientras la mujer con las manos entrelazadas y preocupada miraba hacia el techo.

-¡Si, si señor!, ya me voy, ¡gracias!, nos vemos en la tarde- decía Antonia mientras pensaba mientras caminaba hacia la salida -¡Ya me estoy viendo, recolectado la uvas con mi delantal y mi pañoleta amarrada en la cabeza bajo el sol!, o lo que es ¡peor!, ¡ordeñando a las vacas y paseando a las ovejas en una montaña!, ¡ay señor!-.

Pierre subió el paquete a la oficina y lo puso en el escritorio, intrigado por su contenido, revisó cajones en busca de las fotografías, los escritos y la cajita de plata que le había descrito Luis, objetos que Marianne le dejó en su primera visita, revisó en todos los lugares posibles sin encontrar nada.

-¿Qué está pasando?- se preguntaba Pierre angustiado, ¿dónde están las cosas que Luis me dijo que le había dejado la mujer?, ¿Me estará tomando

el pelo?, ¿lo habrá tomado Antonia, se habrá llevado las cosas y por eso actuaba de manera tan extraña?-, En fin, se sentó en una de las sillas frente al escritorio mientras esperaba la visita de Petzquin.

Luis se encontraba en casa descansando, dormía plácidamente en un sillón que estaba en la recámara, tenía un cansancio muy peculiar que le impedía levantarse, mientras estaba acostado en el sillón, un extraño aroma inundo la habitación, una mezcla de perfumes de flores se había expandido por toda la pieza, sentía una tranquilidad y una paz, que lo obligaban a mantener los ojos cerrados y un sueño profundo.

Eran las nueve treinta de la mañana y él estaba ansioso por asistir a la cita del nuevo caso para obtener los fondos para realizar su investigación, sabía que no podía disponer de todo el dinero que le había dado la señora Rublet, debía mantener lo más que se pudiera, reservas suficientes para cubrir los gastos de la oficina en caso de que tuviera que viajar para realizar sus investigaciones.

El aroma era muy intenso y relajante comenzó a soñar con la extraña dama y con todo lo que le había contado.

En el sueño se percató de que existían cosas inconclusas, que realmente no sabía con exactitud, lo que la señora Rublet deseaba, y que no le había dicho lo que sucedió después de que Gregory terminó en el corral de los cerdos.

Muchas piezas faltaban en el rompecabezas, y la pregunta que siempre se realizaba era ¿pero que tengo

yo que hacer en todo esto, dónde está mi participación, porqué un abogado? Pregunta que le pasaba a todas horas por la mente a Montervelt, y la extraña sensación de que este caso podía dejarlo en la ruina si lo tomaba, pero también quería saber ¿Qué había pasado con la fortuna de Richard?, ¿Cómo es que Marianne la había escondido, donde, y como la había utilizado?, y si es que no la podía utilizar, ¿dónde la había guardado? Numerosas preguntas se añadían a la lista conforme la señora Rublet le contaba detalles.

De pronto una fuerte ventisca abrió de par en par los ventanales de la recámara agitando todo a su paso, arrancó las cortinas que estaban cerradas y revolvió ciertas anotaciones que había hecho Luis en varias hojas y que dejó encima de la cómoda de la habitación. Se levantó por el sobresalto, y acercó al balcón para cerrar las ventanas, cuando vio que el cielo se tornaba de un azul intenso y despejado a un gris y nublado.

-¿Una tormenta en esta época del año?- pensó, el aroma intenso que percibió en la habitación, se había desvanecido tras la ventisca, cerró las ventanas, recogió las cortinas y las dobló, y comenzó a recoger sus anotaciones del suelo para ordenarlas de nuevo y colocarlas sobre la cómoda. Entre las hojas de sus anotaciones apareció una nota en un papel amarillento y con la tinta un poco desvanecida, no la había escrito él, pero no le dio importancia y la dejó encima de las demás, tomo su abrigo pensando en que se acercaba una tormenta, se puso un sombrero, y salió de su domicilio hacia la oficina, debía ir rápidamente a encontrarse con su nuevo caso, ya se le había hecho tarde.

En la oficina mientras tanto, la señora Petzquin entró tras no haber nadie en recepción y se encontró

con Pierre sentado en las sillas frente al escritorio y pensativo.

-¡Buenos días!- dijo ésta tras buscarle el rostro a Pierre, -¡Buenos días!, contestó volteando a ver a la señora. -¡Pero qué feo! Exclamó la señora sin querer, y pensando – ¿Este es el galán que me han recomendado?, creo que en mi imaginación era más guapo, no volveré a creer en lo que me dicen las viejas urracas de mis amistades-

-¿Perdón?, ¿decía usted?- le preguntó Pierre asombrado de lo que escuchó.

- ¡Que que calor tengo!- dijo la señora componiendo la escena. -¡Usted disculpará! Es que el calor me pone un poco nerviosa, ¿es usted el señor Montervelt?- preguntó decepcionada de la apariencia de Pierre.

-¡No señora!, mi nombre es Pierre Lamour, ¡colaboro con el señor Montervelt!- le informó a Petzquin.

-Menos mal- dijo en tono despreocupado la señora. -¿Perdón?- le dijo Pierre.

-¡Que qué mal!, si, ¡qué mal! Que no esté el señor Montervelt- mencionaba la señora repuntando a sus comentarios.

-Tome asiento por favor y dígame en que podemos servirle, me han dicho que su caso es un poco complicado y que requiere los servicios de un abogado, mientras me cuenta podemos esperar la llegada del señor Montervelt- con una voz suave y amable le decía Pierre a la señora Petzquin mientras la veía con asombro.

<Petzquin> Pues verá usted, señor, resulta que mi esposo tiene un pequeño rancho que pertenecía a mi suegro, ahí es donde vivimos y trabajamos, de ese lugar nos mantenemos, pero al morir mi suegro, no dejó especificado la distribución de los bienes, y las hermanas y cuñados de mi esposo reclaman la propiedad, me temo que quieren desalojarnos.

Nosotros hemos levantado el rancho y lo hemos hecho prosperar, y no es justo que ahora, quieran quitarnos lo único que tenemos, mi amiga Gertrudis, esposa de Carlos Domenzain, me recomendó mucho al señor Montervelt, dice que sus métodos son muy efectivos y que puede arreglar este tipo de problemas sin ninguna preocupación.

Mi marido no sabe que estoy aquí, la imagen del señor Montervelt ante la sociedad masculina, ¡no es muy favorable del todo!, dicen que se acuesta con sus clientas y que las embruja, pero ¡yo no creo en nada de eso!, pero ¡claro!, ¿si ese es el precio que debe uno de pagar?, ¿yo porque me negaría?, me interesa arreglar el patrimonio de mis hijos.

Le comentaba, mientras Pierre ponía una cara de no creer lo que estaba sugiriendo la señora, a lo cual le respondió.

-¡Señora!, ¡el señor Montervelt es un profesional!, se graduó con altos honores de la escuela de Leyes, y sus métodos, aunque no del todo ortodoxos, no consiste en cobrar de esa manera a sus clientes. El proceso puede ser largo y tedioso, pero con buenos resultados, su esposo tendrá que enterarse si es que decide que atendamos el caso, necesitamos firmas y testimonios,

y por supuesto el pago “monetario” de los honorarios del licenciado.- Le respondió Pierre.

-¡Es una pena, tan guapo que me lo han descrito!, pero en fin, me interesa mucho solucionar esto- Dijo decepcionada la señor Petzquin.

Llegó Luis Montervelt a la oficina, saludando a la señora con su voz seductora y sentándose frente a ella, Pierre le comentaba el caso, mientras él asesoraba a la curiosa dama respecto al caso, tardaron dos horas en poner los primeros puntos que se debían realizar, cuando por debajo de la puerta entró una nota en un papel amarillento. Pierre se levantó a recogerla y leerla diciéndole a Luis, -No tiene remitente-, Luis se paró de su silla y le dijo a la señora Petzquin, - Mi adorable señora, tomaré su caso, pero deberá pagar por la asesoría del día de hoy, la veré el próximo sábado por la tarde y deberá traer consigo toda la información que me sea útil para analizarla, títulos de propiedad, actas de nacimiento, etc.-

La señora Petzquin, destapo un poco su escote y le dijo a Montervelt, -¡cóbrese licenciado, lo hago por el bien de mi familia-

-¡Señora! ¡Por todos los cielos!, ¡tápese!, aquí no cobramos de esa manera, ni dos kilos de esa carne me alcanzaría para comer en todo el mes, así que por favor, le suplico que entregue a Pierre la cantidad acordada y espere mis indicaciones para vernos el próximo sábado- Luis estaba impresionado por la escena. La señora Petzquin hizo un gesto de desilusión y saco del escote algunos billetes y pagó a Pierre.

Salió de la oficina y Pierre le dio la nota a Luis, misma que parecía un poco rota de las esquinas, con una tinta de color sepia en un papel amarillento que decía:

-¡Lo siento mucho!, no podré verte, me tienen vigilada y quieren matarte-

-¡Matarme! ¿Matarme a mí?, ¿Pero yo no he hecho nada?- ¡Dios! Sabía que hacerle caso a esta loca me traería problemas- decía Luis angustiado mientras atrancaba las puertas y revisaba las ventanas en busca de alguien que lo estuviera observando.

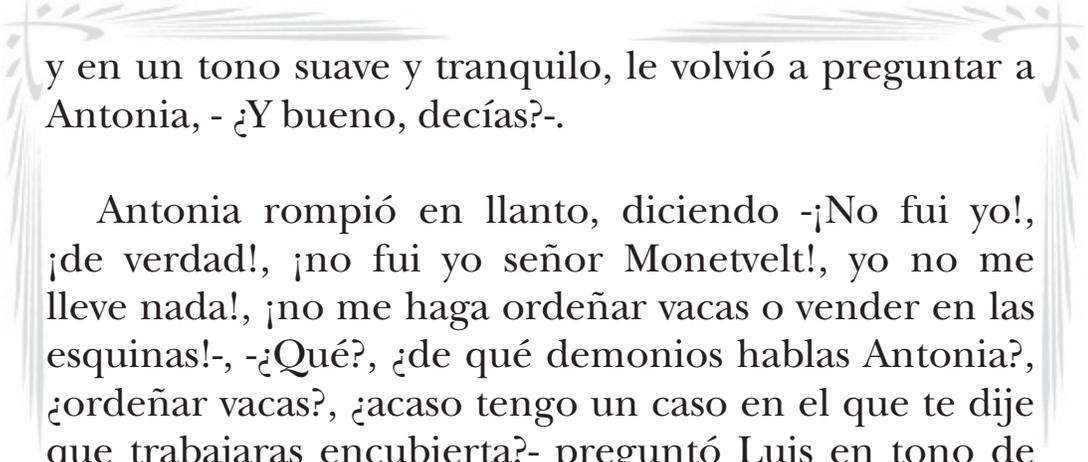
Pierre, serenamente le quitó la nota a Luis y le decía -¡Tranquilo!-, -Tranquilo Luis!, no sabes de donde proviene esto, y ni siquiera sabes si es para ti.

-¡Enfoquémonos al caso Petzquin!- le decía Pierre mientras se escuchó que tocaban a la puerta, -Toc, toc-, -¡Ahí están! ¡No abras!- gritaba Montervelt.

-Toc toc, señor Montervelt, ¡soy yo Antonia!, déjeme pasar- se oía del otro lado de la puerta. Pierre abrió la puerta y vio a la mujer un tanto angustiada y le dijo que pasara y se sentara.

-¿Qué pasa mujer?, ¿no se suponía que llegarías en la tarde?- preguntó Pierre mientras Luis seguía dando vueltas por toda la oficina preocupado por la nota.

Pierre se acercó a Luis, lo tomó de un hombro, suspiró con tranquilidad y paciencia que lo caracterizaban, y le gritó - ¡Ya basta!, ¡siéntate!, ¡ya me mareaste!-, y empujó del hombro a Montervelt de manera que lo hizo sentar en la silla, volteó la mirada

y en un tono suave y tranquilo, le volvió a preguntar a Antonia, - ¿Y bueno, decías?-.


Antonia rompió en llanto, diciendo -¡No fui yo!, ¡de verdad!, ¡no fui yo señor Monetvelt!, yo no me lleve nada!, ¡no me haga ordeñar vacas o vender en las esquinas!-, -¿Qué?, ¿de qué demonios hablas Antonia?, ¿ordeñar vacas?, ¿acaso tengo un caso en el que te dije que trabajaras encubierta?- preguntó Luis en tono de sorpresa y confundido.

Pierre interrumpió la escena, y le dijo a Luis, lo que había sucedido cuando él llegó a la recepción antes de la entrevista, y de lo que le había dicho Antonia al respecto.

-¡No puedo pensar!- gritaba angustiado Luis, -¡tranquila Antonia, tranquila!-, -Creo que debemos tomar unas vacaciones- decía angustiadamente Montervelt.

Pierre volvió a interrumpir, diciendo -Antonia, no te van a enviar a ordeñar vacas ni mucho menos, por lo menos ¡no!, hasta que sepamos lo que está sucediendo, ve a hacer lo que tenías planeado e incorpórate a tus funciones en cuanto termines, por lo mientras el señor Montervelt y yo saldremos a tomar algo en la cantina de la calle principal, debemos analizar y tranquilizarnos-.

-¡Gracias señor Lamour, gracias!, hare lo que me indican, pero ¡de verdad que yo no sé quien se llevó el paquete!- decía desconcertada y un poco aliviada Antonia.

-¡Si, Si!, ya puedes irte- Le decía desesperado Pierre.

Salió como alma que lleva el diablo Antonia del edificio, alegrada de saberse con su empleo. Pierre tomo a Luis de un brazo y lo levantó de la silla, mientras Montervelt se agarraba la cara de la preocupación diciendo -¿Por qué a mí?, yo no he hecho nada?-, Pierre lo levantó, inspiró profundamente y bofeteo a Luis fuertemente. – ¡En la cara no! ¡Idiota!, ¡que de eso vivo!- grito Luis.

-¡Ven. Vamos! Dijo Pierre con un tono de resignación, acudieron a la cantina de la calle principal y pidieron dos whiskys.

Al entrar a la cantina una anciana con apariencia de unos ochenta y cinco años aproximadamente, que estaba sentada en la esquina de la barra, con el rostro cubierto por el cabello y vestida en color negro con un delantal, los miraba de reojo.

-¡No entiendo Pierre! ¿Qué está pasando?- angustiada y con la voz entre cortada como al borde del llanto le decía Luis a Pierre.

-¡El que no entiende soy yo!, ¿Por qué reaccionas de esa manera Luis?, ¿Por qué te pones así?, si no mal recuerdo, los esposos de tus clientas te han mandado amenazas, y nunca le habías dado importancia, ¿porqué te comportas de esa manera?- Preguntó Pierre angustiada por la situación mental en que se encontraba Luis.

-¡No lo sé!, creo que exageré un poco, ¿verdad?, tengo la sensación de que esa nota ya la había recibido antes, te parecerá extraño pero, al leerla sentí una preocupación y ansiedad muy desagradable, como si supiera exactamente quién la había escrito y a quién

iba dirigida, de hecho, debemos ir a mi casa, momentos antes de ir a la oficina, una nota como esta estaba entre las mías, ¡debo ir a la casa por ella!- comentaba angustiado y desesperado, mientras Pierre tomaba su copa y relajadamente le decía, - tranquilízate primero, disfrutemos del trago, comamos algo, y entonces iremos por la nota, a final de cuentas ya pagamos por el whisky-.

La anciana escuchaba con atención todo lo que Pierre y Luis decían, tenía un vaso con agua en la mano mientras le daba unos sorbos, tosía fuertemente tras beber con el afán de hacerse notar, pero Luis y Pierre no percibían su presencia.

Luis pensó en que esa tarde debía asegurarse de que nadie estuviera observando la llegada de Marianne, recordó que le había dicho en la primera entrevista, que ella vivía ocultándose de un lugar a otro y que seguramente la estaban buscando por el supuesto asesinato de su esposo, debía ser cauteloso, no sabía si se estaba involucrando en un caso peligroso, pero a pesar de sentirse preocupado deseaba continuar con la tercera entrevista, le excitaba dar respuesta a uno de los que para él sentía que sería el mejor caso de toda su vida.

-¡Otra ronda!- Decía Luis al cantinero mientras le llevaban comida y estaba más relajado, comenzaron a recordar el episodio de cuando se vistió de mujer y el incidente con el burro, se reían mientras ordenaban varias rondas de whisky.

La anciana al ver que no podía llamar la atención de los señores, se levantó y camino hacía donde estaban, pasando por atrás de ellos y metiendo sigilosamente

y sin que se dieran cuenta una nota en el bolsillo del abrigo de Montervelt, llegó al otro extremo de la barra y se paró a dialogar con un señor alto de cabello canoso y muy delgado, de aspecto cadavérico, de cara larga y afilada, con mentón pronunciado y ojos negros, vestido en un traje de color café y un colgante en el cuello en forma de botón de rosa en oro y le dijo -¡síguelos! Y mantenme informada.

Montervelt y Lamour estaban muy a gusto disfrutando de las anécdotas vividas en la época de la universidad y seguían bebiendo, eran las seis treinta de la tarde, y Luis recordó que había quedado de verse con Marianne, pidió la cuenta mientras reía de las anécdotas y le pidió a Pierre que pagara mientras iba al sanitario.

Un poco mareado por las bebidas, Luis se metió en el baño y recargo una de sus manos sobre la pared mientras orinaba, cuando entró el señor alto en traje café a lavarse las manos y mirando de reojo a Montervelt.

Terminó Luis, se acercó a lavarse las manos y vio por el espejo al misterioso personaje que estaba a un lado, el señor le miraba también por el espejo en una actitud retadora, pero no hizo nada, se lavo las manos y las agitó para escurrirlas, se dio la vuelta y salió del baño, Montervelt, se echo agua en el rostro y se seco las manos, salió enseguida del hombre misterioso.

Pierre había ya pagado la cuenta y estaba parado esperando a Luis en la puerta, cuando la anciana se le acerco, con una rosa en la mano y le dijo -Cómprame, esta flor, no tengo dinero, ni trabajo y solo pido una caridad para poder comer algo, ayúdeme por favor-decía con una voz lastimosa y entre cortada.

Pierre sacó unas monedas y se las dio a la anciana, tomó la rosa, mientras llegaba Luis por detrás apurado para encontrarse con Marianne.

-Toma, para tu bella y misteriosa doncella- dijo Pierre mientras le daba la rosa a Luis, - Iré a la casa por la nota, ¿la dejaste sobre las tuyas?- preguntó, -¡Así es!, es muy parecida a la que llegó a la oficina, en cuanto la recojas, ven a la oficina para presentarte a la señora Rublet, es importante que conozcas los detalles para iniciar el caso- le decía entusiasmado Montervelt.

Pierre llegó a la casa y registró todos los lugares en donde dijo Luis, que estaría la nota, pero no encontró ningún rastro de ella.

Mientras tanto, Luis subía a la oficina y vio la puerta abierta, camino con cautela y en una actitud de alerta, estaba preocupado por la amenaza y la extraña sensación de estar vigilado, con la rosa en la mano, abrió la entreabierta puerta y entró sigilosamente.

De pronto mientras asomaba la cabeza mirando hacia el lado izquierdo, PAASSS! se escuchó un golpe fuertísimo, y después Luis se encontraba inconsciente en el piso.

-¿Luis, Luis? ¡Despierta!- se escuchaba una voz a lo lejos, mientras él trataba de abrir los ojos e identificar quién le llamaba.

-¿Luis, Luis?, ¿estás bien?- escuchaba y la imagen frente a él se comenzaba a hacer más clara.

-¿Luis?- preguntaba gritando en un tono desesperado.

Luis abrió por completo los ojos y logró enfocar la mirada, agachada frente a él en el piso, se encontraba Marianne muy preocupada.

-¿Qué sucedió?- preguntaba Luis tirado en el piso con la rosa en la mano.

-¡Qué bueno que no lo maté señor Montervelt!, discúlpame por favor, pero como vi la puerta de la oficina abierta y sin nadie que me atendiera decidí pasar como siempre, pero al ver que todo está desacomodado, pensé que se habían metido a robar, y después escuche que alguien subía y me escondí tras la puerta pensando que era el asaltante, no me fije que eras tú y lance el golpe- decía Marianne sumamente avergonzada por el suceso.

-¿Pero con que me golpeaste?- le preguntó Luis.

-¡Jijiji!, ¡te vas a enojar!, pues cuando pase lo primero que se me ocurrió fue sacar la licorera y golpear al individuo con ella.- contestó Marianne en tono de travesura.

-¿Mi licorera nueva?, ¡Por Dios Marianne!, ¡te gusta romper mis licoreras!, ¡ya me debes dos!- decía molesto el señor Montervelt.

-No fue mi intención lastimarte!, de verdad, ¡pensé que era la persona que había entrado a revolver tus cosas!- apenada, y muy alterada trataba Marianne de convencer a Luis de la confusión.

Lo ayudo a pararse y lo acercó al sillón, lo ayudo a sentarse, cerró la puerta de la oficina y saco de una pequeña bolsa de papel una licorera nueva y le dijo, -ésta es por la que te rompí la primera vez-.

-¡Marianne, Marianne, Marianne!, si no me dejas lisiado por todos los accidentes que tenemos, me vas a dejar loco- le dijo Montervelt con un tono de resignación.

<Luis> Toma te traje un pequeño obsequio que nos dieron en la cantina, en realidad Pierre la compró y me dijo que te la diera, ¡por cierto!, ¡no terminamos la conversación!, y creí que hoy no vendrías.

-¿Y eso porque sería?, ¡Sabes que me urge que te hagas cargo de mi asunto!, ¡no puedo confiar en otra persona! Y no me iré hasta que decidas tomar el caso.- comentó Marianne con la incertidumbre de no saber lo que estaba sucediendo.

Cuando Marianne llegó, Antonia no se encontraba en su lugar, subió al tercer piso y encontró la puerta abierta, decidió entrar como ya lo había hecho antes, pero se encontró una escena muy desagradable, toda la oficina estaba desordenada, con papeles por todos lados, los ventanales que tienen un pequeño balcón que da a la calle, abiertos de par en par, y con la extraña sensación de que el agresor, asaltante o la persona que había entrado, seguía en el edificio.

-¿Luis, aun tienes la cajita y las cosas que te di, verdad?- preguntó angustiada Marianne al ver la oficina toda desarreglada.

-¡Sí! Esas están en un cajón con llave en el escritorio- afirmó Luis con la seguridad de que la llave del escritorio siempre la traía consigo, y era muy difícil abrir ese cajón.

Luis se paró del sillón y fue hacia el escritorio, tomó la llave que traía colgando de su cuello y abrió el cajón, ahí se encontraba la caja, pero los documentos y demás objetos que había dejado Marianne, no estaban, tomó la cajita y la abrió, ninguna de las llaves estaba, solo quedaban los recovecos vacíos.

Marianne se acercó para ver que los objetos estuvieran, y al ver la sorpresa que varias cosas faltaban y que las llaves que estaban en la cajita no aparecía por ningún lado, se exaltó y angustió diciendo a Montervelt, - ¡Luis, no están las llaves ni los papeles!, es necesario recuperarlos, es de vital importancia encontrar esos papeles, sin ellos no podremos resolver todo este lío-

Montervelt, tomó de los hombros a Marianne y enojado la sacudió preguntando amargamente, -¡dime! ¡Dime por Dios!, ¿en qué me estoy metiendo Marianne?-

La mujer rompió en llanto, se soltó de las manos de Luis, y cayó en sus rodillas hincándose, se llevó las manos al rostro mientras sus lágrimas parecían dos cascadas torrenciales que no dejaban un instante para articular palabra.

-¡Tranquila mujer!, siento haberte tratado así, pero debes decirme con certeza, ¿en qué lío estoy metido?- le dijo con una voz suave y reconfortante, tomando sus manos y apartándolas de su rostro y mirándola fijamente a los ojos con una mirada tierna y apacible.

<Marianne> ¡Luis yo no maté a mi esposo, fue un accidente!, yo no deseaba su muerte, sólo quería que los demás se dieran cuenta de su falsedad, pero en verdad, ¡yo no quería que muriera!

Esos documentos, son una bitácora con nombres y fechas, que yo no escribí, Anthony, Lucinda y otras personas que siempre han estado a mi lado me ayudaron a hacerla, posee datos de mucha importancia, nombres de personas que he puesto en riesgo y que podría sufrir daños.

Arrodillados los dos en el piso, Marianne tras tranquilizarse un poco comenzó a continuar con la historia del asesinato de su esposo.

<Marianne> Después de que Gregory cayó en el corral, yo corrí hacia la cocina, cerré la puerta y me apresuré a ir a la sala en donde estaba Anthony, le acaricie el rostro y lo desperté, le dije que se vistiera y que tendríamos que salir de ahí a la brevedad posible, se sorprendió, pero no me preguntó el porqué, solo se vistió y me dijo -¿qué es lo que tenemos que hacer?-, yo le dije que empacáramos todo lo que pudiéramos llevar, que tendríamos que salir de la casa y buscar en donde quedarnos mientras se aclaraban las cosas, subía conmigo a las recámaras, tomo las maletas tranquilamente y colocamos la ropa que debíamos llevar.

Yo no podía pensar con claridad, yo seguía metiendo cosas en la maleta, él tomó una pequeña valija y me dijo -Iré al despacho de mi padre, sacaré el dinero y todo lo que nos pueda servir, cuando termines, alcánzame ahí-, termine de guardar lo que pensé que nos sería útil, baje el equipaje aventándolo por las escaleras, y alcancé a Anthony en el despacho.

El tomó unas llaves del segundo cajón del escritorio, que estaban en el fondo en un compartimiento secreto, quitó el cuadro de su madre que estaba en la pared y

abrió una puerta que estaba tras el cuadro, ahí tenía una caja de madera, la abrió y saco documentos, joyas, monedas y fajos de billetes, los metió en una pequeña valija y me tomó de la mano para salir de la habitación.

Le dije que debíamos ir a la taberna a buscar a Lucinda, ella nos ayudaría a ocultarnos mientras se aclaraba la situación. Mientras poníamos las cosas en el carruaje, se escucharon varios ruidos en la parte frontal de la casa, la sirvienta había dado parte a la policía y estaban por entrar a la casa.

Sabía que debía sacar a Anthony de ahí, nos inculparían por el asesinato de Gregory, así que le dije, -Anthony, tu padre está muerto, hubo un accidente y nos inculparán, ¡vete a la taberna del puerto, busca a Lucinda y dile lo ocurrido!, ¡No aparezcas en público por nada del mundo, ella sabrá que hacer!, yo distraeré a los oficiales mientras tu escapas por la vereda detrás del jardín, ¡no te detengas hasta estar con Lucinda!, te repito ¡no te detengas!-.

Fui a la sala, y la gente entró, cinco hombres, entre ellos el jefe de la policía, me abordaron, diciendo que estaba bajo orden de arresto por haber asesinado a Gregory Rublet.

Me llevaron a la comisaría local, Anthony por su parte, logró escapar, la sirvienta que había estado con Gregory esa noche, estaba declarando, dijo que nos vio a Anthony y a mí, acostados en el sillón, y que mientras estábamos teniendo relaciones, ella vio a una mujer con cuernos en la frente, que el demonio había seducido a Anthony para acostarse con él, dijo que Gregory había llegado a la casa y se metió a la parte trasera del jardín, que ella lo ayudó a acostarse en su cama porque no podía ni ponerse en pie, y que

yo había notado su presencia y había ido a Matarlo mordiéndolo por el cuello y arrojado al corral con los cerdos tras haberle causado una herida de muerte en el cuello y que él me había dicho bruja en varias ocasiones.

Yo negué las cosas, y dije como habían sucedido, pero no me creyeron, lo que había acontecido esa noche no me ayudaba mucho, llamaron de inmediato a Cástulo y el declaró que yo lo había embrujado, y que en la fiesta los participantes habían escuchado la risa del demonio. El rumor no se hizo esperar, todos dijeron que yo era una bruja que había seducido a Gregory para matarlo y quedarme con su fortuna.

La gente se acumuló en las cercanía de la oficina y gritaban -¡muerte a la bruja!-, y comenzaron a arrojar objetos por las ventanas, los oficiales trataron de detener los empujones de las puertas en varias ocasiones. Decidieron llevarme a la prisión que se encontraba bajo las oficinas en unos sótanos oscuros y apestosos, me encerraron y dejaron a un guardia.

Mandaron llamar al ministro de justicia, a un sacerdote a un inspector y al fiscal.

Mientras estaba detenida, Anthony llegó a la taberna y le dijo a Lucinda lo que sucedía, ella era muy hábil para burlar a los oficiales, le dijo que no se preocupara, que ella me sacaría de ahí, pero que debía hacer exactamente lo que le dijera.

Pasaron varias horas y no podía conciliar el sueño, la gente se escuchaba enardecida, las voces de los oficiales y demás partícipes de la reunión discutían y daban sus puntos de vista, ¡no podía escuchar lo que decía!

Estaba amaneciendo y mi angustia crecía cada vez más, escuche cuando en la reunión dijeron, -no se puede hacer nada por hoy, mañana a las doce del día determinaremos que haremos en este caso, despejen a la gente y monten guardias, no podemos tomar decisiones precipitadas, necesitamos más información-, los oficiales salieron a dispersar a la gente, y un silencio horrendo se hizo presente, la celda oscura y húmeda, yo traía puesta la camisa de Anthony y un faldón que alcance a ponerme antes de que llegaran por mí.

Me quedé dormida hasta que escuche que alguien metía una hoja por una rendija en la pared que daba a la calle y por donde apenas pasaba un rayo de luz, la tome y decía – ¡Ten paciencia, no desesperes!, te sacaré de ahí, ya lo tengo arreglado- habrán sido como las once de la mañana, y escuche como alguien bajaba las escaleras con una charola en la mano, era un oficial, - Llegó tu relevo- le dijo al otro oficial, se acerco a la celda y me dijo –Hazte hasta el fondo, y no hagas nada estúpido, llegó tu desayuno-, abrió la celda y dejó en el piso una vasija con agua y dos panes, salió cerró la puerta acercó una silla y me dijo -¡ Conviértelo en pavo, bruja!- se echo a reír y se sentó en la silla y se recargo en la pared.

La ansiedad me dio mucha sed, me acabe de un sorbo el agua, pero no tenía hambre por la preocupación. De pronto se escuchó como la gente se comenzaba reunirse nuevamente a los alrededores y gritaban fuertemente- ¡Maten a la bruja!, ¡es la concubina del demonio!-, llegó la gente de la reunión y se escuchaba como arrastraban las sillas y comenzaron a discutir nuevamente.

Pasaban y pasaban las horas y no llegaban a un acuerdo, la gente de afuera seguía gritando y cada vez eran más, de pronto escuchó un grito.

-¡Que alguien calle a esa gente! ¡Por Dios!, ¡no podemos decidir con tanto escándalo!- dijo uno de ellos. Salió un guardia y lanzó un tiro al aire, -¡largo!, ¡aquí no hay nada que ver!, ¡los muertos serán otros si no se van!-, la gente salió huyendo despavorida, y entonces pude escuchar lo que decían.

-¿Y bien?, ¿qué vamos a hacer con esta mujer?, hemos entrevistado a todos los presentes de la fiesta, tenemos sus declaraciones y es peligroso tomar una decisión que no sea la adecuada- dijo el ministro de justicia.

-¡No podemos dejarla con vida!, ¡sería una maldición hacia nuestra ciudad!, es indispensable mantener la paz y el orden, y si embrujo a Gregory Rublet y a quien sabe cuántos más, ¡no sabemos de lo que sea capaz!- dijo el sacerdote.

-¿Y Anthony Rublet?, no sabemos nada de él, no estaba en la casa cuando llegaron- dijo el fiscal

-¡Tal vez lo mató y lo devoró antes de que llegaran!- exclamó el sacerdote.

-¡O tal vez!, es cómplice de la bruja en este asesinato- decía con voz inquisidora el inspector.

-¡Mándenlo buscar!, si está muerto deberá haber un cadáver, y si no, debe de andar escondiéndose en algún sitio- dijo con una voz clara, precisa e imperativa el ministro de justicia.

-¿Y bien señores?, ya les di el informe, ¡la decisión es suya!, debemos darnos prisa antes de tener encima a toda esta gente- dijo el fiscal.

-¡Yo concluyo!, que hay un delito que perseguir, Marianne Rublet, estaba confabulada con Anthony Rublet para asesinar a Gregory a quedarse con la fortuna, si bien sabemos, Marianne Rublet acusó a Gregory de infidelidad, esto pudo causar su ira y planear su venganza- decía el inspector.

-¡No! ¡No!, está claro que esto se trata de la obra del demonio, Marianne Rublet hizo pacto con él para apoderarse de los Rublet, además, pensemos un poco, ¿Por qué el señor Gregory se casaría casi inmediatamente al enviudar con una mujer como la señora Marianne?, ¡está claro! Lo sedujo el mismo demonio, así como que esperó el tiempo suficiente para seducir al hijo mientras seducía al socio de Gregory, ¡esto solo puede ser influencia del demonio!, y . . . y ¿por qué lo mataría de una mordida en el cuello?, ¡está claro!, ¡esta mujer es . . . !- afirmaba el sacerdote cuando fue interrumpido bruscamente por el ministro de justicia.

-¡Lo que queda claro es que debemos acabar con el problema!, esto fue una confabulación para realizar un asesinato y quedarse con la fortuna de los Rublet. ¡Así que está dicho!, ¡mañana a las doce del día la exhibiremos en la plaza y la quemaremos en la hoguera como se debe hacer ante un caso de brujería!-

Un silencio impenetrable se hizo tras esta conclusión, habían decidido aniquilar al monstruo tras exhibirlo ante los lugareños.

No tenía mucho tiempo, los minutos pasaban y me angustiaba el hecho de no saber nada respecto a Anthony, ¿lo irían a buscar?, ¿y si lo encontraban, le harían lo mismo que a mí?, ¡él no tenía culpa de lo que pasaba!, siempre fue un chico bien educado, ¡no tenía problemas con nadie! -¡Dios!, ¡ayúdame!, pensaba mientras me hincaba en el suelo implorando su perdón.

Pero Dios no estaba tan alejado de mí, había escuchado mis súplicas y pronto me daría una gran sorpresa.

Llegó el atardecer y todo seguía tan calmado como cuando se escuchó el disparo al aire libre, se le daría gusto a la gente al exhibirme en la plaza, así que no molestaron más esa tarde.

El relevo del guardia como veinte minutos más en llegar, -¿Porqué llegas tarde?- le dijo uno de ellos al otro, - Pase a la taberna del puerto a relajarme un poco- dijo el relevo, -¡como desearía poder ir a disfrutar de una buena cerveza y unos buenos arrumacos con las doncellas- mencionó el oficial, -¡Pues puedes hacerlo, yo me quedaré esta noche, pero, ¡hazme un favor!, si ves a Lucinda, dile que me mande aunque sea un pequeño barril de cerveza para pasar la noche- decía el relevo.

-¿Estás loco?, ¡sabes que eso no estaría bien!- le comentó preocupado el oficial, -pero nadie se va a enterar, además este asunto se acaba mañana temprano- le dijo el relevo a lo cual de manera pensativa contestó el oficial -¡está bien!, veré que puedo hacer!-. Y se fue.

-¿Así que bruja?, ¡mmm!, ¿pero las brujas son feas no?, y ¿no se supone que deben llevar su escoba?,

¿puedes volar?- me preguntó el guardia, al cual le contesté amablemente.

-¡No soy bruja!, mi nombre es Marianne y me están acusando por algo que yo no hice.

Me interrumpió y me contesto -¡Si, si!, ¡todos dicen lo mismo, yo soy Lorenzo, ¡tremendo destino te ha tocado!, mañana se acabará todo-

Ya no quise hablar ni entrar en discusión con el guardia, estaba muy preocupada y cansada de estar ahí.

Ya estaba oscuro, cuando oí a Lucinda entrar en la oficina, nunca se ha caracterizado por sé una persona tranquila, siempre ha sido muy escandalosa.

Lucinda llegó con los guardias, les comenzó a hacer la plática, ella los conoce bien a cada uno, cuando no están trabajando, se las pasan metidos en la taberna bebiendo, así que ella sabía muy bien como entretenerlos.

Pasó con el guardia de la puerta, lo saludó, platicó un rato con él, le dijo que tenía que ver a Lorenzo, que le había encargado un pedido especial, bajo por las escaleras muy quitada de la pena, y empezó a coquetear con Lorenzo, le dio un pequeño barril, y le dijo que le haría compañía un rato.

Me miró y guiñó un ojo, mientras seguía cotorreando con Lorenzo, tomó varios vasos mientras Lucinda platicaba con él y se reían.

Pasaron como treinta minutos cuando el guardia se desplomó, Lucinda me dijo en voz baja -¡no tenemos

mucho tiempo!, abriré la celda, y me ayudarás a desvestir a Lorenzo, cambiarás tus ropas con las de él y lo meteremos a la celda, ¡asegúrate de recogerte bien el cabello y ponerte el casco!, cuando salgamos no levantes la mirada, y sal caminando con seguridad.

Hice lo que me dijo, cambiamos las ropas y pusimos a Lorenzo en la celda, acostado de manera en que su rostro quedara viendo hacia la pared, cerramos la celda, me recogí el cabello, me puse el caso y subimos por la escalera.

Lucinda le dijo al guardia de la puerta, - Lorenzo me acompañará a la esquina, ¿podrías cuidar a la prisionera unos instantes?, ¡regresará pronto!-, el guardia le dijo que no había problema, bajo las escaleras, vio a la prisionera dormida en la esquina de la celda, y se sentó a cuidarla.

Salimos caminando de ese lugar, al llegar a la esquina, dando la vuelta habían dos caballos y una bolsa, Lucinda me dijo que volviera a cambiarme, en la bolsa había un traje de hombre y un sombrero, - ¡póntelo rápido!, sube al caballo y me seguirás, ¡nos están esperando en el puerto!, ¡no tenemos mucho tiempo antes de que se den cuenta!-, Mientras me cambiaba, Lucinda tiro el resto del contenido del barril sobre unas plantas, tomo de nuevo el barril, y lo metía en el bolso, subió al caballo, termine de vestirme, subí al caballo, y fuimos a paso rápido pero discreto hacia el puerto.

Llegando al puerto, bajamos rápidamente y nos metimos a la taberna por la parte trasera para que nadie nos viera, debajo de la taberna se encontraba la bodega, habían unas escaleras que daban a ella por

la parte de atrás de la taberna, bajamos y ahí estaba Anthony, lo vi, nos abrazamos y Lucinda nos dijo, -debemos salir rápidamente de aquí, Anthony, busca la carreta y tráela, Marianne tu me ayudarás a empacar, ¡después de lo ocurrido!, ¡no me queda otra opción que ir con ustedes!.

Lucinda llevaba mucho tiempo que vivía en la bodega de la taberna, sentía que estaba más segura en aquel lugar rodeado de hombres ebrios que en algún momento la defendería si se metía en problemas. Lucinda abrió nuestro equipaje y comenzó a revisarlo y a seleccionarlo, -esto sí, esto no- decía, mientras que sacaba un hermoso vestido con sedas finas que era mi favorito, -¡No!, ¡ese no lo saques! ¡Es mi favorito! le dije y lo tomo lo analizó y me dijo - ¡Pues es el vestido o tu cabeza! ¡Tú decides!, debemos ir con ropas que no llamen mucho la atención y con la que la gente no te pueda identificar, sólo llevaremos lo más importante-, a lo cual me resigné al ver toda mi ropa, tan bella y lujosa volar de un lado a otro, pero sabía que debía confiar en ella.

Tomó solo algunas prendas de Anthony y mías, y las metió en valijas y maletas que ella tenía, Anthony bajaba en ese momento cuando Lucinda nos dijo -debo ir a mi casa a recoger algunas cosas, mientras tanto coloquen estas maletas en la carreta, y lo demás sáquenlo y préndanle fuego, hablaré con Rodolfo el dueño de la taberna, para que nos apoye, necesitare darle algo para que se quede conforme. Saque de la maleta algunas joyas y se las di a Lucinda, pero me dijo que no debíamos dejar rastro, que era mejor si le dábamos dinero. Anthony sacó un fajo muy grande de billetes y se lo dio a Lucinda, con eso Rodolfo podría vivir el resto de su vida de una manera cómoda.

Lucinda hablo con Rodoldo y salió, su casa no estaba muy lejos de ahí, Anthony y yo acomodamos el equipaje en la carreta y sacamos las maletas que habíamos traído y la ropa que sacó Lucinda, le prendimos fuego como nos indicó y nos volvimos a meter a la bodega esperando su regreso.

En eso se escucharon que alguien bajaba las escaleras, era Rodolfo, una persona robusta y de baja estatura, se acercó y nos dijo –Escuchen bien y pongan atención, acabo de hablar con uno de mis clientes, en tres días llegará un barco, les dejará subir y les asignará tareas, viajarán como parte de la tripulación, no les preguntara nada, pero deben atender al pie de la letra las instrucciones que les den, su nombre es Horacio, ¡no lo olviden!, los alojare en mi casa por esos tres días y regresarán para abordar el barco a las diez de la noche, a esa hora nadie se dará cuenta de que están huyendo de aquí-

-¿Qué pasará con usted?- le pregunté. Despreocupadamente me respondió.

-¡Jajajaja!, ¡no tiene nada de qué preocuparse madame, aquí estamos bien protegidos, no se atreverán a meterse con gente como nosotros, lo negaremos todo y no hay hasta el momento indicios de que estuvieron aquí. Controlamos sus puertos, y les dejamos muy buenos incentivos económicos, no se atreverán a perder ciertos privilegios y a desmentirnos.

Por Lucinda tampoco debe preocuparse, se irá con ustedes y yo diré que fue a ver a su madre enferma, de aquí a que encuentren la casa de la madre de Lucinda, habrán perdido meses- Nos decía Rodolfo muy seguro de que todo iba a ir bien.

Lucinda llego a su pequeña casa, una casita muy pequeña ubicada en uno de los suburbios de la ciudad, entró y se dirigió al piso de la estancia, desprendió varias tablas de madera del piso, y metió las manos para sacar una caja de madera, sacó todo lo que había ahí y lo metió en un saco, después subió las escaleras y saco toda la ropa, y objetos que pudieran indicar que alguna vez estuvimos ella y yo viviendo en ese lugar, los puso en la estancia y le prendió fuego.

Tardaría varias horas en lo que la gente se percataba del incendio, y cuando llegaran las autoridades, el fuego lo habría consumido todo, había muy poca posibilidad de que la gente de los alrededores dijera que Lucinda vivía ahí, de hecho ella siempre estaba en la taberna y pocas veces iba a esa casa. Los vecinos pensaban que estaba abandonada.

De pronto mientras hablaba Marianne, una fuerte ventisca entro por los ventanales azotando las pequeñas puertas de las ventanas y enredando las cortinas, una fuerte tormenta comenzó a caer, toda la habitación sucumbió en la oscuridad.

El aire entro y terminó por desacomodar los papeles de la habitación, Luis se paró y cerró las ventanas, atrancándolas con las sillas del escritorio para que el aire no las abriera de nuevo.

Se escuchó que alguien entraba a la habitación oscura, -Señor Montervelt soy Antonia- cuando de pronto un relámpago hace ver la silueta de Marianne hincada sobre el piso.

-¡¡¡Ahh!!!!- gritó Antonia tras ver la silueta que se proyectaba cerca de la ventana y la sombra que se dibujó en el piso-

-¡Tranquila mujer, tranquila!, es la señora Rublet- le decía Montervelt con su seductora voz que lo caracterizaba.

Marianne extendió su mano y jalo del brazo de Luis, acercándolo hacia ella y diciéndole al oído.

-¡Luis!, no es conveniente involucrar a más gente, si el caso se complica, estaremos poniendo en riesgo a gente inocente- le mencionó en un tono sereno con la mirada hacia el piso.

-¡Antonia! Hazme un favor y busca las velas en la bodega,- le indicó Montervelt a la espantada mujer.

Antonia bajo cuidadosamente por las oscuras escaleras hasta el primer nivel, se metió tras la recepción y abrió una pequeña puerta de un cuarto que utilizaban como archivo y bodega comenzó a buscar las velas.

Montervelt tomó de los codos a Marianne y la ayudó a levantarse del suelo, la abrazó y le dijo - ¡Salgamos de aquí!, vamos hacia mi casa y ahí continuaremos conversando-

Bajaban las escaleras mientras la secretaria buscaba en el cuarto, al llegar a la entrada, Marianne salió recargándose sobre la pared del edificio esperando la salida de Luis.

-¡Aquí están!- dijo la secretaria mientras prendió una de ellas y salió del cuarto, y vio a Montervelt en la entrada.

-¡Nos vamos Antonia!, necesito atender a la señora Rublet, deberías hacer lo mismo, y por favor no muevas

nada de la oficina hasta que Pierre y yo vengamos mañana- le dijo Montervelt a la secretaria mientras ésta le observaba con cara de sorpresa.

-¡Esta bien señor!, hare lo que me pide- le contestó en un tono de aceptación.

Luis salió del edificio, la lluvia era constante, fuerte y agresiva, Montervelt se quitó el abrigo y lo puso sobre la cabeza de Marianne mientras caminaban hacia su casa.

Antonia, subió y cerró la oficina por fuera, bajo las escaleras y arregló su lugar, se disponía a retirarse.

Mientras tanto, Pierre salió a encontrarse con Luis en la oficina, la lluvia había comenzado y ningún transporte pasaba por la zona, la lluvia se hacía más intensa y la gente comenzaba a ir más lento en lugar de más rápido.

La afluencia de personas en la calle se hacía más intensa al igual que el ritmo de los pasos, venían en todas direcciones como huyendo de algo. En el bolsillo derecho de Pierre se encontraba la nota recibida esa mañana, se podía ver un poco salida, mientras caminaba en dirección hacia la oficina, un hombre paso cerca de él caminando en dirección opuesta, chocando contra él y golpeándolo en el hombro sacando la nota de su bolsillo.

Pierre trataba de llegar lo antes posible, necesitaba decirle a Luis, que no había nada entre sus escritos.

Luis y Marianne llegaron a la casa Montervelt, el le abrió muy cortés y gentilmente a Marianne, la hizo pasar y la subió por las escaleras hacia el segundo piso,

la dejó en el pasillo, y le dijo –Espera un momento-, tomó toallas secas y le dio una mientras se secaba la cabeza, estaban empapados, la lluvia era muy fuerte.

Cuando se secaron la cabeza, Luis le dijo a Marianne que era mejor que tomara un baño mientras el preparaba bebidas calientes.

Marianne entro al cuarto de baño, encendió unas velas, abrió las llaves de la tina, y se secaba la cabeza mientras esperaba a que se llenara.

Luis por su parte fue a su habitación y se quitaba la ropa mojada y secaba su cuerpo mientras esperaba a que Marianne cerrara la puerta del baño.

Se llenó la tina, y Marianne cerró la puerta del baño, se despojó de sus vestiduras y se introdujo a la cálida y reconfortante agua.

Luis encendió varias velas y las colocaba en su recámara y el pasillo mientras se dirigía hacia el primer nivel a la cocina.

-Marianne, ¿estás bien?, si necesitas algo ¡estaré abajo!- le decía Luis con una voz tierna y comprensiva.

-¡Gracias Luis! ¡Estoy bien!, necesitaba esto, bajaré enseguida- le contesto la dulce mujer.

-¡No!, tómate tu tiempo!, relájate, además así me das oportunidad de cocinar la cena para ti.- dijo Montervelt cuando estaba al pie de la escalera.

La casa y la ciudad estaba en completa oscuridad, por su parte Pierre llegó a la oficina y alcanzó a Antonia antes de que cerrará.

-¿Antonia?, y ¿Luis?- le preguntó agitado.

-¡Dijo que debía retirarse! ¡Que debía atender a la extraña señora!, la del caso Rublet!- le contestaba Antonia a Pierre.

-¡Está bien!, subiré por unas cosas, ¡no tardaré!, si gustas puedes irte- le decía Pierre cuando interrumpió.

-¡Pero el señor me dijo que no . . . !- le informaba Antonia

-¡No te preocupes!, yo me hago cargo, si gustas, ya puedes retirarte- le dijo Pierre a Antonia con una voz desesperada, debía buscar los objetos que Luis le había mencionado, y el paquete que se había quedado en la oficina, Pierre comenzaba a sospechar que su amigo se estaba trastornando.

-¡No señor Lamour! ¡no tengo a nadie esperando en mi casa!, mi abuela y mi padre están con mi tía, y mi novio lo vi todo el día, ahora debe de estar trabajando, además la lluvia está muy fuerte y vivo lejos, mejor me quedo por si se le ofrece algo.- decía Antonia esperando a que Pierre aceptara, le daba miedo salir a esa hora con una oscuridad inmensa, las nubes ennegrecidas no permitían el paso de la luz, ya había anochecido y no se veía la luz de la Luna.

Pierre encendió varias velas y comenzó a registrar la oficina, parte por parte en busca de respuestas, el tenía un presentimiento muy extraño, nada parecía tener sentido, una serie de episodios sin relación aparente y de manera desordenada se presentaban, lo único que podía pensar con claridad, es que estaba bajo un caso muy misterioso y que tal vez podría ser muy peligroso.

Tomó una vieja libreta, y la pluma que estaba junto al tintero y se dispuso a dibujar a detalle la escena, sobre los dibujos escribía códigos numéricos que sólo él entendía, después de dibujarlos, revisaba cuidadosamente la posición en que se encontraban los objetos y los iba acomodando.

-¿Antonia?, ¿quieres entretenerme mientras esperas?- le gritó Pierre a la secretaria cobarde.

-¡Sí señor!, dígame, ¿en qué puedo ayudarle?- respondió entusiasmada, pero más que entusiasmada era el hecho de no sentirse sola en medio de la oscuridad y el silencio abrumante.

-¡Trae más velas, y los utensilios para limpiar!, ¡Vamos a poner en orden este lugar!- le decía intrigado Pierre.

La secretaria en seguida, se metió al cuarto del archivo y tomo de un estante que estaba al final, todo lo que se encontró para limpiar, echo las velas en una cubeta y subió rápidamente al tercer piso.

-¡Aquí están señor!, sólo dígame que debo hacer- mencionaba la mujer.

Pierre después de realizar sus dibujos y examinar cuidadosamente todas las áreas, retiraba los objetos y hacia que Antonia limpiara, revisaron detalle a detalle y Pierre muy meticulosamente tomaba los objetos, papeles revisando si encontraba pistas de lo sucedido. Encima del escritorio encontró una especie de manchas pequeñas en color rojo, no las había notado antes, pero al pasar un paño sobre la madera y retirar el polvo que había dejado la ventisca, aparecieron.

-¡Espera!, no pases el paño húmedo todavía - le dijo a Antonia.

Revisó detalladamente las manchitas, tirado en el piso bajo el había una especie de metal puntiagudo con uno de los extremos una mancha de las mismas características que las del escritorio, apenas y se alcanzaban a ver.

Llegó a la conclusión de que seguramente alguien había tratado de forzar la cerradura del cajón utilizando ese objeto y se lastimó.

Mientras tanto en la casa Montervert, Luis estaba preparando las bebidas calientes y algo para cenar, la luz de las velas proyectaban un ambiente de tranquilidad y relajación.

En el baño, sólo se oía el movimiento del agua que provocaba Marianne en la tina, se sentó y trató de alcanzar su bolso que estaba todo mojado por la lluvia, sacó su botellita de color rosado y buscó en el cuarto de baño, algún vaso o algo en el que pudiera poner un poco de agua fresca. La ansiedad, el cansancio y las fuertes emociones vividas esa tarde estaban haciendo estragos en su salud.

Buscó y buscó sin encontrar algo que le sirviera como vaso, decidió poner en el piso la botellita y seguir disfrutando del baño. El vapor había hecho que la ventana y el espejo se empañaran, y que la luz de las velas hiciera proyecciones sobre el vapor.

Marianne se recostó nuevamente en la tina, mientras imaginaba objetos que se formaban con los efectos de las velas en el vapor.

Se levantó y tomo una toalla, se envolvió en ella, mientras tomaba otra para secar su cabello, se agacho y tomó la pequeña botella y su bolso, abrió la puerta del baño y salió llevándose el candelabro con las velas encendidas.

En cuanto Luis escuchó que Marianne salía del baño, le grito desde la cocina, -Marianne pasa a mi recámara, en el armario del lado derecho encontraras ropa limpia que tal vez pueda quedarte-.

La bella mujer entro a la recámara de Luis, dejó su bolso en una pequeña mesita, observó la habitación y vio que en la cómoda Luis tenía una pila de documentos, le daba curiosidad verlos, pero decidió no violar la privacidad del abogado, abrió el armario, había solo dos prendas de mujer, un camisón largo y un vestido. Se decidió por el camisón y bajo hacia la cocina con la botellita rosada en la mano.

-¡Muchas gracias Luis!, ¡de verdad es que eres un encanto!, me siento segura cuando estoy contigo, oye pero me gustaría hacerte una pregunta, ¿Por qué tienes prendas de mujer en tu armario?, ¿no eres casado verdad?- le decía relajada y calmada Marianne.

Luis mientras servía las bebidas, la volteo a ver con una mirada dulce y le respondió. -Eran de mi madre, su camisón favorito y el vestido que ella misma confecciono para boda, muy sencillo y no tan lujoso, pero quiso hacerlo ella misma con la tela que mi padre había recibido de un vendedor a cambio de una mesa que hizo para él. Cuando vine a vivir aquí no me di cuenta que estaban entre mis cosas, al morir mi madre decidí dejar su casa tal y como estaba, mi tía,

hermana de mi madre, me ayudó a empacar mis cosas y a conseguirme esta pequeña casa.

Yo me había ido a estudiar a la universidad, cuando terminé mi carrera regresé a casa porque se me hizo extraño que no fuera a verme y me encontré la noticia de que el barco en el que iba para mi graduación, naufragó. La buscaron por mucho tiempo y nunca dieron con ella, yo no toleraba la idea de permanecer en esa casa, así que decidí marcharme y venir a la ciudad.

Mi tía consiguió que me rentaran esa pequeña propiedad, conseguí un buen empleo como asistente en un bufete, a las clientas del grupo de abogados siempre les causaba simpatía y muchas de ellas me coqueteaban, a los socios les convenía, así que aprendí a utilizar esa herramienta para abrirme camino. Y ¡bueno! Pues así me fui convirtiendo en lo que soy ahora.

Pero no estamos aquí para hablar de mí, continua por favor con tu historia.- le mencionó en con una melancolía que le hacía temblar las manos.

<Marianne> Lucinda llegó con sacos llenos de cosas, se metió rápidamente a la bodega y me dijo, -Marianne, ¡estas joyas te pertenecen, son parte de la fortuna de Richard!, ¿recuerdas?, aquí está el tu dinero también, olvídate de la ropa, tuve que quemarla, pero con esto podrán moverse-, -¿Pero tú vendrás con nosotros?, le pregunté, a lo cual me respondió, -¡Sí!, ¡ya no tengo otra opción!, pero si algo llegara a salir mal y nos tuviéramos que separar, ¡olvídense de todo lo que tenga que ver con los Rublet!, ¡escondan las cosas en algún sitio y usa lo de Richard!, a fin de cuentas, ¡no creo que después de tanto tiempo alguien reconozca todo esto-

Me pareció una idea muy buena, tenía razón, después de todo, ya habían pasado varios años de la muerte de Richard.

Subimos a la carreta los tres, Lucinda iba a conducirla mientras que Anthony y yo debíamos permanecer atrás cubiertos, se suponía que Lucinda iría a ver a su madre, y por si alguien llegara a verla, se harían a la idea de que iba sola.

Salimos varias horas antes del amanecer, tomamos senderos y caminos no conocidos por los lugareños. Había ya amanecido cuando pasamos por un bosque y en una pequeña loma se encontraba una cabaña de madera bien establecida.

Bajamos las cosas de la carreta y revisamos que nadie nos siguiera, entramos y nos dispusimos a descansar. -¡No se preocupen, aquí nadie viene!, Rodolfo casi no vive aquí, ¡debió sentirse el lobo feroz, aunque por su condición yo diría que es uno de los tres cerditos!- nos dijo, y comenzamos a reírnos.

Lucinda cocinó alguna especie de guisado con ciertas especias y plantas que llevaba en un saco, me intrigaba saber ¿Qué había pasado con el guardia de la prisión?, ¿Qué había puesto Lucinda en la bebida?, así que le pregunte. Ella se echo a reír y me dijo -Marianne, hace mucho tiempo alguien me enseñó a identificar y conocer los efectos que ciertas plantas y minerales producen en los seres vivos, llevo años utilizándolos sin que nadie se dé cuenta, he de confesar que en ocasiones experimente con gente y que los resultados no fueron muy gratos, de hecho, el día que tu esposo te confesó sus planes en la Taberna, yo había puesto el polvo de una hierba en su bebida, fue así

como lo embruteciste tanto, jajaja, lo mismo hice con el guardia, conozco una planta que hace dormir a las personas, pero si la dosis es muy alta, puede provocar la muerte-. Me quede impresionada con esa respuesta, llevaba años de conocer a Lucinda y jamás me percaté de ese detalle.

Después de esa conversación, hubiera querido seguir charlando mas, pero el cansancio, la angustia y las emociones que habíamos recibido esos últimos días nos hicieron a los tres caer dormidos como vacas en pleno pastizal, Anthony se recostó en un sillón de la sala, y Lucinda se quedó dormida en la silla, trate de hacer que fuera a la habitación, pero no tuve éxito, así que subí y me recosté en una de las camas.

Estaban muy tranquilos y a gusto Luis y Marianne terminando de cenar y bebiendo sus bebidas, cuando de pronto Luis se quedó muy pensativo, y dijo, -Disculpa que te interrumpa Marianne, pero ¿Pierre debería de haber llegado ya a casa?, ¿en donde se habrá metido?, ¡curioso!, ¡no lleva mucho tiempo aquí!, y por alguna extraña razón, me siento inquieto, en fin sígueme contando por favor-.

La preocupación de Luis por Pierre no era en balde, tenía la sensación de que había mucho más de trasfondo en el caso Rublet.

Había pasado varias horas y la lluvia había dejado de caer, una tormenta como esa, no se había visto en mucho tiempo, había tirado varios árboles por toda la ciudad, bloqueando varias calles, y dejando mucho lodo y basura por todos lados.

Mientras tanto en la oficina Pierre y Antonia estaban por terminar de arreglar todo, cuando Pierre encontró

un bulto bajo la alfombra, justo bajo una de las patas de un pequeño librero que estaba detrás del escritorio, se agachó y levantó la alfombra.

-¿Qué es esto?- se preguntó mientras alzó el objeto, una pequeña cajita de plata cubierta de polvo apareció ante su mirada. La abrió y en su interior había un cojineté con la silueta de tres llaves de diferentes formas y tamaño.

-¡Así qué sí existe la caja de plata!, ¡Montervelt no está loco Antonia!- decía riendo de nerviosismo Pierre, - ¡No está loco!- mencionaba una y otra vez mientras veía la cajita con detenimiento.

-¡Antonia!, ¡dijiste que habían llegado dos paquetes!, ¿pudiste verlos?, ¿había alguna anotación, un remitente?, ¿algo que indicará de donde proveían?- le preguntó muy emocionado, estaba realmente eufórico, la idea de que todo lo que le había dicho Luis fuera verdad le dejaba una sensación de tranquilidad, pero a su vez, una incertidumbre enorme y el pensamiento de que se habían metido en algo muy peligroso sin desearlo.

-Pues yo no vi quien dejó los paquetes, señor, los dejaron en recepción mientras no estaba yo presente, y los dos tenía casi las mismas características, ¡usted pudo ver el segundo!, ¿no es así?, ¡pero le juro por la madre de mi novio que yo no me los lleve!- decía un poco confundida la pobre secretaria cansada después de limpiar todo el desorden.

-¡Jajaja!, ¡es real Antonia!, ¡es real!, y me parece que nos hemos metido en un gran lío- Pierre decía mientras se llevaba una mano a la cabeza en son de sorpresa.

-¡Basta ya de buscar!, ¡Antonia, terminaremos de acomodar las cosas y nos iremos a casa, llevaré la caja a Luis y decidiremos mañana que hacer con todo esto, lo que queda claro es que es probable que estemos siendo vigilados, a alguien no le conviene que encontremos esos paquetes, pero . . . ¿quién los envió? Y . . . ¿y quién de los habrá llevado?, no logro entender cómo es que han desaparecido, ¿y el segundo? ¡Estaba aquí sobre el escritorio!, ¡yo lo vi!, sigamos pues limpiando, cerraras las puertas y te irás a tu casa cuando hayamos terminado, vete a visitar a una tía lejana o a tu abuela, o a quien quieras, pero ¡vete lejos!, ¡me temo mi buena mujer!, que te hemos metido en todo este embrollo. Antes de irte, dile al dueño de Teodoro (el burro) el lugar donde estarás, dile que pase por aquí seguido y que le pagare bien, si te necesitamos enviare por ti.- intrigado y desconcertado un poco tratando de idear una forma de despistar a lo que se enfrentaban le decía Pierre a Antonia.

-¡Pero si usted no tiene dinero! ¿Cómo le va a pagar a ese hombre!- preguntó la secretaria.

-¡Harás lo que te digo o te enviare a recolectar uvas y ordeñar vacas por el resto de tu vida!- le gritó Pierre.

-¡Esta bien, está bien señor Pierre!, no hace falta decirme más, ¡hare lo que me ordena!- le dijo Antonia con la voz entrecortada y asustada, no había visto a Pierre reaccionar de esa manera, siempre daba la impresión de estar calmado y con ideas muy estructuradas.

Continuaron arreglando la oficina, cuando en la casa Montervelt, Marianne saco los cigarrillos de su bolso, estaban mojados, pero uno de ellos estaba casi seco en su totalidad.

-¿Quieres?- le preguntó entusiasmada Marianne a Luis.

-¡Jajaja, mi bella señora!, sí, está bien, relajemos la tensión por un rato.- le contestó amable y sutilmente Luis mientras observaba su peculiar y nerviosa postura.

Marianne tomo un tenedor, que se llevó hacia el cabello, se hizo una cola y lo torció a forma de que le quedara un chongo, y puso el tenedor en medio de manera que se mantuviera el chongo en su posición.

Tomó el cigarrillo aplastado pero seco, y lo encendió, aspiro fuertemente y dijo, -Luis debo hacerte una pregunta antes de continuar con la historia-, -¡Adelante! Con toda confianza.- le dijo emocionado Luis.

-¿Tendrás otra figurilla de madera en donde apagar el cigarrillo?- le pregunto en tono de burla, -¡Marianne! ¡Por todos los santos que están en el cielo!, ni en estas circunstancias puedes mantener la seriedad. ¡Y no!, ¡no tengo una figurilla de madera!, pero ¡si tengo un cenicero!, está en la sala, iré por él- contesto el abogado.

Mientras Luis iba a la sala, se detuvo en el pasillo y volteo a ver a Marianne, su silueta a la luz de las velas se veía como una pintura, sentada con una pierna levantada, con el pie sobre el asiento de la silla, con el brazo sobre la rodilla, y con la otra mano sosteniendo el cigarrillo, el humo del cigarrillo parecía hacer figuras en el aire, se veía tan indefensa y angustiada. Luis sentía la necesidad de querer abrazarla y decirle que todo estaría bien, que la ayudaría a resolver su caso.

Fue por el cenicero y lo trajo de vuelta a la cocina, lo puso sobre la pequeña mesa mientras Marianne se recargaba sobre el respaldo de la silla y exhalaba el humo del cigarro hacia arriba y miraba fijamente al techo.

<Marianne>, ¡Tres días!, ¡tres días!, ¡tres días de una angustia intensa pasaron!, encerrados sin poder salir de esa cabaña, con el temor de que nos hubieran seguido, pensando en lo que iba a suceder, en que nuestras vidas se tornaron tan distintas de la noche a la mañana.

¿Sabes?, me sentía muy culpable por haberle arruinado su vida cómoda y sin problemas a Anthony, me canse de arrepentirme por haberlo seducido e involucrado en todo esto, como quiera que sea, yo había sentido el amor, ¡turbulento y precoz!, pero amor a fin de cuentas, había hecho de mi vida lo que a mí me placía, tomé mis decisiones, ¡buenas o malas!, pero mías y me aterraba el hecho de ver a Anthony tan sereno, tan dispuesto a enfrentar todo esto, como si no le importara.

El tercer día en la mañana, Anthony salió por un poco de leña para la estufa, la desgraciada de Lucinda nos trajo comiendo pan y a sus potajes de plantas de aspecto repulsivo todo el tiempo, salió y se detuvo frente a un árbol, muy grande y ancho que estaba junto a la leña, me le acerque y le pregunté si estaba preocupado, veía hacia el horizonte y me respondió -¡No! ¡Estoy orinando!-, me causó tanta vergüenza que salí corriendo de ahí y me metí a la cabaña otra vez.

-¿Estas realmente preocupada por él, verdad?, Marianne, has estado en ocasiones mucho más

complejas y nunca te había sentido tan perdida como ahora, no temas, lo resolveremos, hoy en la noche zarparemos a nuestras nuevas vidas, y no debes sentirte responsable, él decidió seguir este camino, bien pudo haberse quedado, a final de cuentas buscan a la bruja, no a la víctima de ella- Me mencionó Lucinda resignada y tranquila.

Esa situación, ¡Dios!, ¡esa tranquilidad me estaba matando!, parecía que la única angustiada era yo, así que decidí ir a la sala y ahí había un anaquel con botellas, tome una y busque como abrirla, la abrí y le di un tremendo sorbo que . . .

-¿Eructaste?- interrumpió Luis.

-¡Exacto!, ¡Ups!, así fue como me conociste, ¡qué pena!, pero déjame continuar- dijo Marianne.

<Marianne> La espera se hacía cada vez más intensa y alucinante, Anthony, tomo la botella que yo había abierto, se sirvió una copa y se sentó a un lado mío.

Me sorprendió que me dijo -¡Gracias por liberarme!, no sabía porque le tenía tanto odio a Gregory, creí que estaba yo mal en sentir eso, pero al final lo comprendí, y ¡gracias por cuidarme y educarme tan bien!-, - ¿Tan bien dices?, Ja, si tu hubiera educado bien no nos habríamos acostado- le respondí.

-¡Pues yo sólo fui un niño bueno, como tú me lo pediste!, ¿Qué de malo hay en eso?, además tu lo deseabas, y yo ya tengo edad para saber lo que hago, ¿no crees?- Me dijo el insolente,

¿Tú crees?, me hizo sentir la ¡peor de las mujeres!, pero en realidad me gusto muchísimo así que no me puedo quejar.

Me sentía muy cansada, Lucinda me hizo una bebida de unas gotas de un líquido rojo que tenía en una botellita, me hizo tomarlo y me dijo que me recostará un rato, ya estaba por anochecer, me recosté sobre el sillón de la sala y una paz y tranquilidad me invadió por todo el cuerpo, una sensación de despreocupación y de respirar profundamente tenía.

Dormí como una piedra, mientras tanto Lucinda y Anthony subían las cosas a la carreta.

Sentía el cuerpo pesado, pero muy tranquilo, de pronto cuando trate de abrir los ojos y articular palabra, ¡no pude!, pero estaba en brazos de Anthony, me cargó y me llevo hasta la carreta, fue una sensación muy extraña.

Lucinda tomó las riendas y nos dirigimos hacia el puerto, llegamos y nos pusimos tras unos árboles, Lucinda nos dijo que teníamos que esperar a alguien que nos traería la ropa que usaríamos durante el viaje, que debíamos abordar vestidos de esa forma, y que dejáramos el equipaje ahí, que alguien lo subiría al barco y nos diría donde las pondrían.

Hicimos lo que se nos ordenó sin preguntar, tal y como lo había dicho Rodolfo, subimos al barco con nuestros atuendos, y vimos cuando varios hombres de la tripulación comenzaron a cargar nuestro equipaje y lo subían.

Nos presentamos en la oficina del capitán, un tipo de lo más extraño, de baja estatura, encorvado y delgado, con el cabello negro, largo y barbado, y con unas manos muy delgadas y con dedos largos y flacos.

-¡Buenas!, yo soy el capitán Horacio Lurian- nos dijo.

-¡Buenas, yo soy Mari . . . !- le estaba diciendo cuando me interrumpió y me gritó

-¡Aquí no son nadie!, ¡no tienen nombre, ni vida pasada!, ¿quedó claro?, a partir de este momento ¡yo les daré un nombre y seguirán mis órdenes sin cuestionarlas!-.

-¡Tú serás “La grande”!-, le dijo a Lucinda señalándola, -¡A ti . . . mmm!, ¡te llamaré “el colibrí”!. Mencionó en un tono muy alto, -¿y tú?-, me miró de pies a cabeza y de cabeza a pies, se dio la vuelta rodeándome, me dio una nalgada y dijo – “La bombon”, así se llamarán de ahora en adelante, ¡olvidarán sus nombres y no los mencionarán por nada del mundo mientras estén en este barco!, ¡no hablarán con nadie acerca de sus vidas!, ustedes ¡nunca abordaron este barco!, ¡espero les quede claro!, y ahora ¡a sus posiciones!, ¡Claudio!, ¡muéstrales sus aposentos y dales instrucciones!-.

El tal “Claudio”, nos llevaba a los camarotes, y le dijo a Anthony que esperara a que regresará por él, nos llevó hacia unos camarotes al final del barco bajo las escaleras del lado derecho, y nos dijo – ¡estas son sus habitaciones, no serán cómodas, pero sí las más seguras!, por la mañana vendrán a despertarlas y comenzarán a trabajar en la cocina, así que duerman bien, ¡buenas noches damas, y bienvenidas!-. Nos metimos a la pequeña habitación y comencé a sentir una sed impresionante, me estaba mareando y me recargue sobre la cama, Lucinda, alias La Grande, salió del camarote buscando un poco de agua.

Claudio había llevado a Anthony a otros camarotes en la parte frontal del barco cerca de la bodega, le

dijo que nuestras cosas estaban en su habitación, y que no debía acercarse a nosotras, sólo podía estar cerca, siempre y cuando coincidiéramos en algún lugar o en alguna instrucción.

Lucinda regresó con una bandeja con agua, sacó nuevamente el frasco rosado con el líquido rojo y puso dos gotas, lo bebí y la sensación de mareo y sed, pasaron con el paso de algunos minutos, me ayudó a recostarme sobre la cama y me dijo, -Duerme Marianne, nos espera un largo trayecto, se paciente y fuerte, saldremos de ésta-.

Yo confiaba mucho en Lucinda, ya se había arriesgado muchas ocasiones para ayudarme, nos distanciamos un poco cuando me casé con Gregory, pero siempre encontraba la forma de ir una vez a la semana a la mansión por las noches mientras Gregory estaba en la taberna o salía a beber por ahí, y me contaba todo lo que sucedía en la ciudad, -Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad- me decía constantemente, los hombres ebrios no eran discretos y siempre se les salía decir lo que no debían a cambio de una bebida.

- ¿Ese frasco rosado, que contiene?- Preguntó Luis.

-¡Ah éste!, pues Lucinda me lo dio desde que llegué al puerto, decía que me ayudaría con mis malestares, supongo que ella lo preparaba, en realidad nunca le pregunté de que estaba hecho, siempre me dijo que tenía propiedades curativas y que lo tomara cuando me sintiera muy cansada o me diera esa sed tan especial, lo llevo conmigo desde aquel entonces cuando pase mis primeros años en el puerto, cuando se me acaba, ella siempre busca la manera de entregarme otro.- le menciono Marianne a Luis, con cierta melancolía.

-¿Y qué sucedió después?- preguntaba Luis muy intrigado.

<Marianne> Pasamos veinte días navegando, todos los días eran iguales, en la mañana Claudio nos despertaba y comenzábamos nuestras labores. A Lucinda y a mí se nos encargaba la limpieza del barco, cada una en lugares distintos, no nos veíamos hasta medio día, después de limpiar todo el barco se nos dio la instrucción de atender la cocina, debíamos cocinar para cuarenta personas.

Lucinda plantó varias raíces que trajo de sus plantas, cuidaba mucho de sus pequeños retoños, y a la tripulación le fascinaba la comida de “La grande”, nunca le pesó, realmente disfrutaba cocinar para tanta gente. Yo debía ayudarle a preparar todo, así que tuve que aprender, en muchas ocasiones ¡no sabía ni que estaba haciendo!, solo seguía las instrucciones de Lucinda, y mis primeras comidas eran un asco en verdad, ni yo me las comía, pero ella con mucha paciencia, me empezó a decir cómo preparar todo, siempre utilizaba sus plantas como especias, le daba un sabor inigualable y la gente se sentía muy entusiasta y vigorizada después de comer.

La tripulación estaba muy agradecida con nosotras, incluso más o menos por el día 8, el Capitán dio la orden de preparar un banquete, y hacer una gran fiesta, lo nombró “el día de la Grande”, ese día se nos indicó que no hiciéramos la limpieza del barco, que nos metiéramos a la cocina y preparamos el banquete, se le indicó a todos los tripulantes que ayudaran a preparar la cubierta del barco y que esa tarde se haría un evento para darnos la bienvenida.

Todo iba muy bien, Lucinda preparaba la comida mientras yo la asistía, pero tenía 7 días que no sabía nada de Anthony, no había podido cruzar palabra con él, en ocasiones lo veía ayudando a los demás a lo lejos en las tareas, pero las instrucciones del Capitán habían sido muy claras, no debíamos acercarnos. Las pocas veces que lo logre verlo a lo lejos, se veía bien, parecía estar contento y entusiasmado, pero deseaba hablar con él aunque fuera por unos instantes.

La fiesta comenzó, terminamos de preparar el banquete, y el barco se detuvo en medio del océano, el Capitán pidió a la tripulación, que sacaran sus instrumentos musicales, y que todo el mundo se relajara, ese día solo habría diversión.

Alguno que otro, saco su guitarra, algunas armónicas y flautas, y comenzaron a tocar y a cantar, el festín estaba a todo su esplendor, se nos pidió a Lucinda y a mí que vistiéramos con el mejor vestido que tuviéramos, la verdad es que ya estaba harta de usar ese ridículo disfraz. Claudio ordenó al “colibrí” que fuera por nosotras y nos llevara a su habitación para que buscáramos nuestros atuendos, ¡por fin podría cruzar palabra con él!, en el trayecto le preguntaba que si estaba bien, si lo trataban adecuadamente y que me platicara sus anécdotas.

El día estaba muy nublado, pero el Capitán decía que no habría problema, que al parecer la lluvia no afectaría la fiesta.

Platiqué todo lo que había pasado con Anthony durante esos siete y casi ocho días, una magnífica fiesta, llena de baile, risas, música y comida.

Cinco chicas más estaban en la tripulación, dos de ellas eran esposas de los marineros, y tres habían llegado en situaciones parecidas a las nuestras, huyendo de algo o de alguien, lo curioso es que no las habíamos visto por el barco hasta ese día. Según decían mientras nosotras estábamos en la cocina, ellas realizaban sus labores, y que no se les permitía comer con el resto de la tripulación, al igual que nosotras, comían en su habitación, esto lo hacían según dijeron, para no distraer a los marineros y no provocar tentaciones.

La fiesta fue un éxito, comimos, bebimos y bailamos, toda la tarde, pero como todas las fiestas, comenzó una trifulca, dos de los marineros estaban muy tomados y comenzaron a golpearse y empujarse, varios de ellos intervinieron y el problema se hizo más grande, el Capitán se había ido a dormir.

Se acerco uno de ellos a Lucinda y trataba de besarla y propasarse con ella, Anthony me agarró del brazo y me jaló hacia un barandal, me abrazo y me dijo que no me preocupara.

Lucinda, le dio un tremendo pisotón al marinero, y le rompió la nariz de un puñetazo, lo tomó por el cuello del saco y de la parte de atrás de los pantalones y lo empujo hacia la orilla del barco, estaba tan enojada que lo aventó hacia el mar.

Los demás marineros estaban muy exaltados y seguían discutiendo, Anthony comenzó a cantar una suave y dulce melodía mientras me abrazaba, la gente dejó de pelear y se volteo hacia donde estábamos y comenzaron a escuchar a Anthony.

-El colibrí cantó- decían, y los ánimos se calmaban, Lucinda estaba furiosa, y fue a buscar al Capitán, le tocó la puerta desesperada, el capitán la abrió y Lucinda le dijo - ¡He lanzado a uno de sus hombres al mar!, ¡no tuve más remedio que hacerlo!, ¡Rodolfo fue muy claro en los términos de este arreglo!, ¡ninguno de sus hombres debían acercarse!, ¡si esto vuelve a ocurrir, me aseguraré de que Rodolfo jamás vuelva a permitirle el acceso a nuestro puerto!- y azotó la puerta casi en la cara del Capitán, salió de ahí hecha una furia, y se dirigió a la habitación de Anthony para cambiarse. El Capitán, salió de su habitación y le grito a Claudio, -¡Claudio ven inmediatamente!- los marineros comenzaron a buscar a Claudio y le dijeron el Capitán lo buscaba, llegó con él y se le ordeno que preparara un bote y buscara al marinero en el agua.

Una tranquilidad invadía la escena, la canción de Anthony era muy hermosa y todos estaban sentados en el piso escuchándola, yo me sentía cómoda en sus brazos y protegida.

Cuando terminó de cantar, los aplausos no se hicieron esperar y la gente se levantó y comenzó a recoger y a limpiar todo el desorden.

-Te enseñaré esta canción!, es una de mis favoritas mi instructor me enseñó a tocarla en el piano, pero nunca la había cantado hasta hoy, ¿te gustó?- me dijo mientras seguía abrazándome tiernamente.

-¡Sí!, ¡muchísimo!, ya te había escuchado tocarla, pero ¡no sabía que cantaras tan bien!- le dije.

-¡No se qué será de nosotros!, ¡a donde nos llevan!, ¡ni que haremos después de esto!, Claudio me

mencionó que aproximadamente en unos seis o siete días llegaremos al puerto de Trianne, ¡tal vez, nos dejen ahí!, ¡el camino es largo y debemos aguantar!, ¡falta poco Marianne, falta poco!- Me decía mientras me miraba a los ojos y acariciaba mi mejilla.

Esa noche portaba una de mis joyas, un anillo con una larga historia, se lo enseñe a Anthony y le conté acerca de él.

Después de eso me dijo que fuera a cambiarme, se dio la vuelta y se fue.

Fui a su habitación para cambiarme esperando encontrarlo ahí, pero no estaba, me cambie y me fui a mi habitación.

Lucinda seguía furiosa, -¡Debemos estar preparados!, ¡esta gente no perdonará lo que hice!, ¡así que, abre bien lo ojos y mantente alerta!- Me dijo y enseguida se recostó en la cama.

Subieron a bordo al hombre que Lucinda tiró, el pobre estuvo a punto de morir ahogado, entre el alcohol, y los golpes que recibió, el hombre era todo un desperfecto.

Los días transcurrieron sin complicaciones, estábamos a un día de llegar al puerto, el Capitán nos mandó llamar a los tres, nos dijo que llegaríamos a Trianne en algunas horas y que nos dejaría ahí, que siguiéramos haciendo nuestras actividades y cuando fuera el momento nos avisaría, el barco no podía llegar al puerto, tenía prohibido el arribo, así que nos acercaría a la playa, bajaría un bote y deberíamos seguir por nuestra cuenta.

Su actitud era descortés y molesta, al parecer seguía enojado por lo acontecido el día de la fiesta.

Claudio nos buscó y nos dijo que nos preparáramos que casi era tiempo, así que nos reunimos los tres y comenzamos a subir las cosas a un bote, dos botes estaban preparados para bajarse, uno del lado izquierdo y otro del lado derecho, -Se me ha encomendado dejarlos en la playa, los acompañaré hasta que pisen tierra firme- dijo Claudio.

El Capitán dio la orden de detener el barco tras unos peñascos a dos kilómetros de distancia de la playa y el puerto. Se acercó a nosotros y nos dijo, -¡Esto es lo más cerca que puedo dejarlos!, Claudio los acompañará hasta la playa, no puedo acercarme a este puerto así que remarán una vez que se haya bajado el bote, dos kilómetros hacia la orilla, ¡a partir de aquí están solos!, y como les dije en un inicio, ¡ustedes nunca abordaron este barco y jamás nos hemos visto!-

Subimos al bote Claudio, Anthony, Lucinda y yo, los marineros nos bajaban mientras veíamos hacia las rocas de los peñascos.

Tocamos el agua, y Claudio y Anthony comenzaron a remar, el bote estaba un poco pesado, veníamos con el equipaje, estábamos a diez metros de la orilla de la playa cuando Claudio detuvo el bote, se paró detrás de Anthony y saco un cuchillo, lo levantó y lo puso en su cuello, -¡Hasta aquí llegaron señoritas!, ¡es hora de bajar!, ¡no traten de hacer nada estúpido!, ¡Ah y gracias por sus lindos obsequios, nos quedaremos con sus cosas en pago por su actitud desagradecida!- nos gritó, hizo que nos paráramos y saltáramos al agua mientras tenía a Anthony por el cuello con el cuchillo.

-¡Anthony grite!-, tratando de mantener la cabeza fuera del agua.

-¡Vete Marianne, vete con Lucinda y olvídate de mí, es lo mejor!- me gritó, -¡Cállate!- le dijo Claudio y lo golpeo con el cuchillo en la cabeza y Anthony cayó inconsciente. El otro bote que estaba preparado se acercaba, venía con algunos de los marineros, con cuchillos y rifle en mano.

Lucinda y yo pretendíamos acercarnos al bote y tirar a Claudio mientras Anthony estaba inconsciente, pero al ver el otro bote que se acercaba a gran velocidad, decidimos no hacer nada.

Los botes se acercaron y dos de los marineros que venían en el otro se pasaron al de Claudio y comenzaron a remar hacia el Barco, mientras el otro bote nos apuntaba con el arma y se alejaban remando detrás del de Claudio.

No nos quedó otra más que nadar hacia la orilla a Lucinda y a mí, llegamos y nos recostamos en la arena, y comencé a llorar de impotencia, se habían llevado a Anthony a todas nuestras cosas, ¿Qué vamos a hacer?, le pregunté a Lucinda.

-¡No tengo idea!-, me dijo muy preocupada, -¡Pero de algo estoy segura!-, decía mientras sacaba de entre sus ropas dos sacos que había amarrado a su cintura bajo su vestido, -¡Se habrán llevado el dinero, los papeles, las ropas y a Anthony!, ¡pero tus joyas y mis hierbas aquí están!- me dijo burlándose.

-¿Cómo recuperaremos a Anthony?- le preguntaba muy angustiada y me respondió un poco más calmada

y pensativa, -¡Se quien nos puede ayudar!, ¡pero será muy difícil contactarlo!, ¡debemos sobrevivir y saber en dónde estamos!, ¡no le harán daño a Anthony!, el Capitán sabe muy bien que es un cheque al portador. ¡Descuida!, algo se nos ocurrirá, mientras tanto salgamos de aquí.

Tardamos media hora en llegar al puerto, cansadas, llenas de arena y todas mojadas.

Cuando llegamos al puerto Lucinda me dijo que esperara, y se senté en unas cajas mientras ella hablaba con lugareños de ahí.

Vendí unas de las joyas que Richard me había dado, y conseguimos donde quedarnos.

El paso de los días hacía estragos en mi conciencia, no había noche que no llorara la ausencia de Anthony, varias semanas pasaban mientras Lucinda y yo establecíamos y buscábamos la manera de vivir.

Conseguimos una habitación en una pequeña pensión cerca del puerto y comenzamos a trabajar de meseras, mientras Lucinda hacía amistades en el puerto.

Hicimos lo que pudimos, ella me decía que no era conveniente permanecer mucho tiempo en un solo lugar, que debíamos estarnos moviendo por si aquellos rufianes decían donde nos habían dejado. Escondí algunas de las joyas que aun me quedaban y vendí otras cuantas. Tenía dinero suficiente poder moverme de lado a lado, pero no tuve el valor para hacerlo en ese momento.

¡Luis! ¡Debes encontrar a Anthony!, ¡yo no puedo volver!, aunque se arreglara el incidente y se supiera que había sido un accidente la muerte de Gregory, la gente no lo creerá y seguirá persiguiéndome creyéndome una bruja.

Luis la tomo de las manos y le dijo con una voz comprensiva, -¡Está bien Marianne, tomaré tu caso, quédate tranquila!-.

-¡Debes estar cansada!, sube a recostarte y mañana platicaremos.- le dijo Luis a Marianne.

Marianne subió las escaleras y atrancó algunas cobijas sobre las ventanas, la luz del sol, le producía un intenso dolor de cabeza, aun era de noche, pero se cercioraba de que cuando amanecería, la luz no fuera intensa. Se recostó y se cubrió con una sábana.

Luis subió y entro a la habitación, se acerco a la cama y acarició el cabello de Marianne diciendo, -¡Encontraré a Anthony y veré la forma de que recupere lo que le pertenece!-, cerró la puerta de la habitación y apagó las velas de la casa, bajo y se recostó en el sillón de la sala.

Pasaron dos horas cuando Pierre llegó a la casa, estaba muy emocionado y subió sin darse cuenta de que Luis estaba en la sala, la casa seguía en completa oscuridad, subió a la habitación de Luis y abrió cuidadosamente la puerta, la luz de la luna se dejaba pasar por los contornos de las ventanas, le permitieron ver la silueta de una persona que dormía.